

LEY Y ORDEN EN LA VIDA DEL MESON

Aída Herrera Morán
Ignacio Martín-Baró

RESUMEN

La Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima, en su búsqueda de soluciones habitacionales para los pobres, y ante el fenómeno tan generalizado del mesón, ha querido hacer una investigación que le esclarezca si el mesón "rehabilitado" puede ser una solución más en el problema de la vivienda. Los autores han realizado un estudio antropológico de la vida de un mesón, detectando, no sólo las condiciones de vida ahí impuestas, sino también el tipo de relaciones sociales que se generan al interior de la familia y entre las diferentes unidades familiares que lo habitan; los estrictos códigos que rigen la estructura de poder, y las vinculaciones informales que aseguran la dominación de la persona que lo administra y la continuidad o permanencia de los inquilinos.

"La casa, esa necesidad suprema del hombre, convertida en objeto de lucro, en manera ilícita de atesorar dinero, es señal de codicia infinita y el mesón, caricatura siniestra y mortal de la casa."

Alberto Masferrer

Introducción

Cuando se examinan las cifras sobre el problema de la vivienda en El Salvador, no pueden menos de impresionar sus dimensiones. Sólo para el sector urbano, un cálculo conservador estimaba en 146.759 unidades el déficit de viviendas en 1970 y las proyecciones preveían que este déficit se incrementaría en un 55 o/o para 1980 (Salegio, 1974). Es obvio que este déficit afecta principalmente a los sectores más depauperados de la población salvadoreña. Se estima que un 62 o/o de las familias que viven en el área metropolitana de San Salvador habitan en viviendas del tipo "informal-popular" (Hart et al., 1976, p. 95), es decir, en mesones, tugurios y colonias ilegales. "Hacia 1975, existían en el área metropolitana de San Salvador 4.000 mesones que alojaban el 32.7 o/o del total de la población urba-

na y el 53 o/o del sector popular, o sea un total de 35.600 familias, con las características socio-económicas más bajas de la población" (Harth et al, 1976, p. 160).

El mesón, equivalente salvadoreño del "palomar" guatemalteco, del "patio" de vecindad mexicano o del "conventillo" suramericano, puede definirse como una vivienda colectiva, sin servicios individuales. Generalmente consta de "uno o dos cuartos por familia, desarrollados alrededor de un patio central para usos múltiples de servicios y/o un corredor que da acceso a las habitaciones, y que funciona como área social y de servicios de cada vivienda" (Murrillo, 1974, p. 381). En El Salvador, los mesones se suelen encontrar en los centros antiguos de las ciudades principales y, en su forma actual, parecen originarse a comienzos de este siglo (cf. Harth, 1976).

El problema de los mesones no es, pues, específico de San Salvador, aunque la cifra de familias afectadas sea en la capital la más elevada en términos absolutos. Según Harth (1976, p. 160), el porcentaje de familias del sector popular (no del total de la población) que vive en mesones es del 63 o/o en San Miguel, del 77 o/o en Santa Ana y del 85 o/o en Sonsonate, lo que significa que, en esas ciudades,

el sector popular no tiene casi alternativa que la de vivir en un mesón.

Desde sus orígenes informales en 1968 y su fundación formal en 1970, la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima (FUNDASAL) se ha esforzado por dar una respuesta adecuada al problema habitacional del sector popular, sobre todo de los estratos más marginales (Harth, 1974). Hasta ahora, su política de vivienda ha perseguido que cada familia tuviera acceso a una unidad habitacional completa, con servicios propios. Sólo en un número reducido de casos —principalmente, de personas ancianas y, por lo general, sin familia— se ha pensado en un tipo de solución habitacional de tipo comunal, con servicios compartidos. Una serie de características distingue este tipo de vivienda desarrollado por la FUNDASAL del mesón común, desde la forma de propiedad hasta el hecho de encontrarse en un contexto social y cultural distinto. Sin embargo, sería interesante evaluar los resultados de este experimento piloto, sobre todo a mediano y largo plazo.

Varios factores, económicos y culturales, han llevado recientemente a la FUNDASAL a plantearse el problema de los mesones. El creciente costo de la tierra urbana, la escasez de tierras disponibles, agudizada por una fuerte especulación, y la dificultad de acceso a las fuentes de trabajo han hecho que las soluciones tradicionales de la FUNDASAL resulten cada vez más onerosas o carentes de atractivo para un sector aquejado por el subempleo crónico. Esto ha llevado a la pregunta de si no sería posible buscar una solución habitacional que, cambiando los elementos más deshumanizadores del mesón, aprovechara sus ventajas, principalmente su ahorro de espacio urbano, su vinculación a los servicios comunitarios y su cercanía a las fuentes de trabajo popular.

En la actualidad, se encuentra ya en ejecución un experimento piloto con un mesón en el área metropolitana de San Salvador (en Mejicanos). El proyecto, calificado de "rehabilitación", contempla tres objetivos concretos: a) la mejora física de las unidades habitacionales y los correspondientes servicios comunes; b) la transferencia de la propiedad a los inquilinos, convirtiendo su cuota de alquiler (incrementada en un 27 o/o) en cuota de adquisición, bajo una forma jurídica y social de propiedad aún no completamente definida; c) la reorganización de la estructura vecinal, fomentando la organización comunitaria mediante los programas de ayuda mutua y educación conscientizadora ya experimentados por la FUNDASAL.

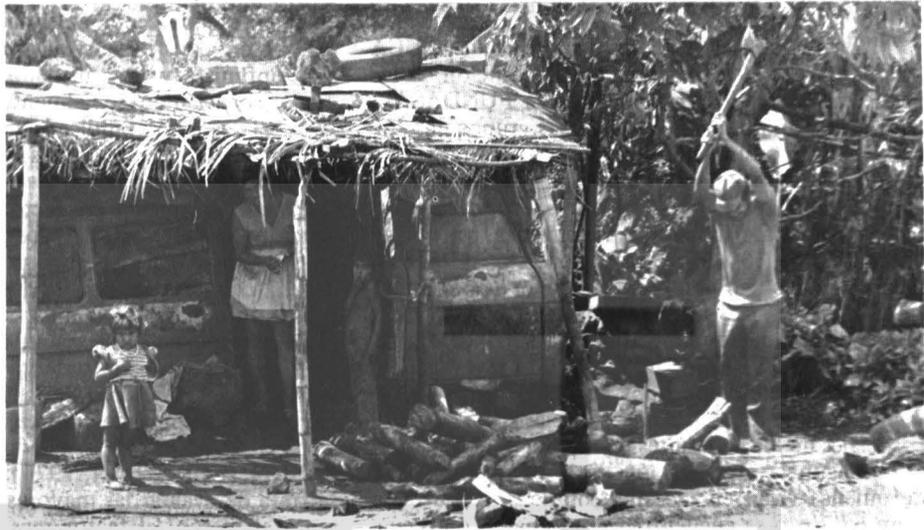
Aunque los dos primeros objetivos presentan dificultades técnicas, es sin duda el objetivo tercero —la reorganización comunitaria— el que ofrece problemas más complejos. Si la FUNDASAL persiguiera únicamente responder a una demanda habitacional, el proyecto de "rehabilitación de mesones" po-

dría aceptarse o descartarse en base, únicamente, a consideraciones técnicas y económicas. Sin embargo, la FUNDASAL es consciente de que el problema habitacional no es un fenómeno aislado, sino parte y producto de un problema más profundo de marginación y dominación social, por lo que su mira y orientaciones trasciende el objetivo de responder materialmente a la necesidad de vivienda. Para la FUNDASAL, la construcción de viviendas dignas es como el marco social que permite el desencadenamiento de un proceso de desarrollo, individual y comunitario, que establezca patrones de convivencia humana más dignos y justos (Harth, 1974).

Hay que preguntarse, entonces, si el mesón, como estructura material y social, ofrece una base capaz de sustentar, así sea en un grado mínimo, este proceso de crecimiento comunitario. La pregunta no es ociosa, ya que tanto los estudios teóricos como las investigaciones existentes parecen apuntar al carácter necesariamente coercitivo del mesón respecto a una vida familiar digna y a una conciencia comunitaria (cf. Torres-Rivas, 1971).

En psicología social, el estudio de la proxémica está recibiendo en la actualidad especial atención (cf. Altman, 1975; Stokols, 1978). La proxémica analiza el comportamiento en cuanto referido al espacio, es decir, en qué medida el factor espacial condiciona el comportamiento humano y cómo las personas utilizan el espacio para regular su interacción. Altman (1975), por ejemplo, considera que el espacio personal es usado como un mecanismo para regular los niveles de privacidad e intimidad deseados por cada individuo.

Stokols (1972) mantiene que, al analizar la relación entre individuos y espacio, conviene distinguir entre densidad y aglomeración o hacinamiento. La densidad es una medida objetiva que indica el promedio de personas por espacio físico; una alta densidad constituye una condición necesaria, pero no suficiente, para la experiencia subjetiva de hacinamiento. El hacinamiento surge, según Stokols, al juntarse una determinada densidad con ciertos factores personales y sociales que sensibilizan sobre las limitaciones espaciales. Sentirse hacinado constituiría así un estado motivacional que llevaría a la persona a buscar algún tipo de alivio respecto a las restricciones impuestas por la falta de espacio. En este paso de las condiciones objetivas a la experiencia subjetiva de hacinamiento, los factores personales y sociales jugarían un papel tanto menos importante, cuanto más nocivos fueran los efectos físicos producidos por la limitación espacial —aire irrespirable, malos olores, ruido, subida de la temperatura ambiental, etc.— Stokols sugiere que, cuando la limitación espacial es extrema y es difícil cambiar esta situación, la persona tenderá a responder a la experiencia de hacinamiento con conductas corporales, como la agresión o el escape. Pero si, por diversas ra-



zones, este tipo de comportamiento no fuera posible, el individuo tenderá a reaccionar con cambios perceptivos y cognoscitivos.

Comparando la situación del mesón con la de ciertos estudios, tanto sociológicos (Chombart de Lauwe, 1959) como experimentales (Freedman et al., 1971; Freedman, 1975), cabe hipotetizar que, en el mesón, la densidad es tal, que la experiencia de hacinamiento va a darse independientemente de los factores personales y sociales (que la pueden aliviar o agravar). Es de esperar, por tanto, una tendencia a comportamientos de agresión o de escape y, cuando esto no sea posible, a una modificación perceptual y cognoscitiva del medio ambiente, bien sea redefiniendo de alguna manera el espacio disponible —los límites mínimos para la privacidad, por ejemplo— o mediante alguna forma de aislamiento individual.

No existen muchos estudios empíricos sobre el mesón salvadoreño (para bibliografía conectada con este tema, cf. Safie, 1975). Aquí nos fijaremos en tres estudios, especialmente pertinentes: el de Torres-Rivas (1971), el de un equipo de profesores de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (1975; 1976a; 1976b) y el estudio publicado por la misma FUNDASAL (Harth, 1976).

El análisis de E. Torres-Rivas (1971) se basa en una encuesta corrida en 1967 con 360 jóvenes de ambos sexos, comprendidos entre los 14 y los 19 años, habitantes de mesones de San Salvador. Aunque el estudio enfoca en particular el problema de la incorporación de este tipo de jóvenes a la vida del trabajo, el autor entiende este proceso como parte de un proceso más global de marginación y dominación social. Por ello, examina cómo el mesón, en cuanto estructura material y social, condiciona el tipo de familia que lo habita y, por consiguiente, los

procesos de socialización de los individuos.

Dos tesis parecen desprenderse del estudio de Torres-Rivas: a) el mesón constituye un subsistema cultural peculiar que b) afecta decididamente la configuración y vida familiar de sus habitantes.

En primer lugar, el mesón constituye un subsistema sociocultural, cuyos integrantes son en su mayoría de origen urbano y no pueden ser propiamente considerados marginales. El mesón es, más bien, un "sitio de tránsito", es decir, un lugar donde se vive provisionalmente durante un período de la vida, y constituye un subproducto del desarrollo contradictorio del país que sirve de asiento a una subcultura estable. Esta subcultura engendra en sus miembros rasgos de apatía y fatalismo, y una imagen de inferioridad personal. Todos estos rasgos contribuyen al mantenimiento del sistema imperante así como al propio status social de los habitantes del mesón.

Con respecto a la familia, el hacinamiento y promiscuidad impuesta por el mesón tiende a romper la solidaridad grupal y a desintegrar la vida familiar. El ausentismo paterno obliga a la madre a asumir el papel central que, en cualquier caso, suele adoptar formas fuertemente autoritarias. Ante la imposibilidad de lograr intimidad en el reducido espacio de la habitación de mesón, la vida familiar tiende a desplazarse hacia el patio común; y, aunque el vecindario llega a ser para el joven una especie de "gran hogar", rara vez se produce una consciente solidaridad comunal —a no ser de ciertos grupos de delincuentes.

La primera tesis de Torres-Rivas se vincula estrechamente con el planteamiento clásico de O. Lewis (1965), aunque Torres-Rivas trata de re-interpretarlo a la luz de la teoría de la dependencia y con ello elude el espinoso problema de si un subsistema

cultural puede explicarse adecuadamente a partir de su propia estructura.

La investigación de los profesores de la UCA (1975; 1976a; 1976b) examina la evolución de los participantes en los proyectos de la FUNDASAL. Para este estudio, entre los diversos grupos de control, utilizaron una muestra de 109 habitantes de mesón —grupo que se redujo a 41 sujetos en la segunda etapa de la investigación. Esta muestra nos parece sólo parcialmente representativa, ya que el porcentaje de 15 o/o sobre la población total estimado para los habitantes de mesón en San Salvador (Murillo, 1974, p. 396) parece bastante conservador, al menos comparado con otras estimaciones (Harth, 1976; EDURES, 1978, p. 7). De esta investigación podemos obtener dos tipos de datos: unos de carácter demográfico, otros sobre ciertos rasgos psicosociales de los habitantes de mesón.

Según la investigación de la UCA, un 78 o/o de quienes viven en mesones son de origen urbano y un 67.7 o/o se encuentran por debajo de los cuarenta años. Se trata, por tanto, de una población fundamentalmente joven, económicamente activa, en su mayoría alfabeta (92.2 o/o), aunque el 73.5 o/o apenas tiene seis años o menos de escolaridad. En cuanto al estado civil, el 30.4 o/o son solteros y el 43.1 o/o se reconocen "acompañados". Finalmente, el 40.6 o/o de los encuestados llevan viviendo en el mesón menos de dos años, aunque el 63.4 o/o declara que su vivienda anterior era también una pieza de mesón.

Los rasgos psicosociales presentados por los investigadores de la UCA son relativos a los otros grupos "marginales" investigados, todos ellos pertenecientes a los estratos socio-económicamente más bajos de la población salvadoreña. En otras palabras lo que se nos ofrece es un estudio comparativo de varios sectores pauperizados de El Salvador, clasificados básicamente según criterios habitacionales. Es importante subrayar que estos sectores son urbanos, aunque muchos de los sujetos se encuentran todavía vinculados al campo.

Comparativamente, el grado de satisfacción de los habitantes de mesón con su vivienda es bajo, aun cuando este índice de satisfacción general de los encuestados: mientras en la primera encuesta aparecen como los menos satisfechos, en la segunda resultan ser los más. Como grupo, los habitantes de mesón aparecen como los más optimistas, pero también como los más anómicos y los segundos más altos en los índices de alienación. Congruentemente, es uno de los grupos que menos participa en diversas organizaciones sociales y, en general, los investigadores de la UCA encuentran que los habitantes de mesón obtienen la segunda puntuación más alta en un índice global de condiciones marginantes.

No es fácil interpretar los resultados de este estudio, sobre todo porque los índices aludidos no

tienen una significación unívoca. La idea que parece emerger es que, comparativamente, los habitantes del mesón constituyen un grupo simultáneamente más optimista y más alienado, más esperanzado y menos consciente y socialmente activo.

El estudio publicado por la FUNDASAL (Harth, 1976, I, pp-157ss) es rico en datos estadísticos sobre las condiciones del mesón y sus habitantes, pero no incide en factores psicosociales. De acuerdo con este estudio, los habitantes de mesón en San Salvador tienen un ingreso familiar promedio de 232 colones por mes y constan de cuatro miembros —un tamaño de familia bastante más bajo que el de estratos sociales económicamente equivalentes, pero en un tipo distinto de vivienda. Según esta investigación, el 16.3 o/o de los jefes de familia se encuentran desempleados, porcentaje que se aproxima al nivel de desempleo señalado por el Censo oficial de 1971 (CONAPLAN, 1971). Finalmente, cuando se trata de evaluar las mayores desventajas que presenta el mesón, el factor más mencionado por los encuestados es la "falta de tranquilidad", mientras que la mayor ventaja mencionada es la "accesibilidad al trabajo".

En el presente estudio, pretendemos examinar —a través del análisis de un caso concreto— si el proyecto de rehabilitación de mesones emprendido experimentalmente por FUNDASAL puede potenciar un cambio significativo en la vida y futuro de sus habitantes. Tres aspectos nos parecen especialmente importantes para examinar si el cumplimiento de los dos primeros objetivos de este proyecto (mejora física del mesón y transferencia de la propiedad) dan base suficiente como para realizar el tercer objetivo: un cambio del grupo humano.

El primer aspecto es el de la vida familiar. Tanto teórica como empíricamente se ve claro que el mesón impide, por su estructura material (limitación espacial) y la consiguiente estructura social, una vida familiar digna. Falta espacio para la necesaria intimidad de los esposos, como falta espacio para una interacción serena y constructiva entre padres e hijos. El problema serio es que el proyecto de la FUNDASAL no va a cambiar en lo esencial este esquema de espacios físicos. La pregunta, entonces, es si, al cambiar otros aspectos del mesón, el espacio material puede ser reasumido y reinterpretado en un contexto distinto que posibilite, así sea mínimamente, un esquema básico de vida familiar.

El segundo aspecto es el de la conciencia social de los habitantes del mesón. De acuerdo con los estudios arriba reseñados, el mesón cobija un grupo humano cuyo optimismo sobre su propio futuro junto a su alto nivel de alienación sólo es explicable por un individualismo, inconsciente de las raíces sociales de sus propios problemas. Este aspecto es indirectamente resaltado por Tallén (1976) en su estudio antropológico sobre una familia "margina-

da". La inconsciencia social no es un fenómeno abstracto, sino necesariamente enraizado en unas formas de trabajo y de vida. En este sentido, cabe preguntarse si la labor de la FUNDASAL en la rehabilitación de mesones será capaz de propiciar un proceso de conscientización social, o quedará ahogado en el campo de esas macrofuerzas sociales que determinan la realidad del mesón y sus habitantes.

En tercer lugar, el aspecto de organización comunitaria. Que existe un tipo de organización social en el mesón parece claro, y Torres-Rivas lo pone más de relieve cuando lo califica de "subsistema". Ahora bien, el mismo Torres-Rivas insiste en que esta organización es producto de un proceso social explotador e injusto, y que el mesón expresa, reproduce y refuerza el sistema establecido de explotación. El punto está en ver si el trabajo de la FUNDASAL puede dinamizar una organización distinta, si a partir del esquema de vivienda es posible cambiar los patrones anómicos y de baja participación social de este grupo humano, y así generar una nueva forma de organización comunitaria.

2) MARCO TEORICO Y METODOLOGIA

2.1. Enfoque teórico.

Para el presente trabajo de investigación, nos pareció conveniente aplicar el enfoque de sistemas (cf. Glidewell, 1976). Puesto que el mesón constituye una unidad, físicamente definida, y las unidades habitacionales son ocupadas por familias, enfocar el análisis desde el individuo podría resultar desorientador. Lo que interesa no es tanto analizar casos in-

dividuales, cuanto examinar si el mesón, como estructura social, puede ofrecer una base, al menos mínima, para el desarrollo de una comunidad humana. En otras palabras, no interesa el individuo como tal, sino en cuanto es miembro de un "sistema" social —el "sistema" del mesón.

Se puede definir un sistema social como un conjunto de personas y sucesos organizados en componentes interdependientes, que disponen de ciertos recursos y actúan entre sí y con el ambiente de acuerdo a un conjunto discernible de normas y expectativas (Glidewell, 1976). El enfoque de sistemas considera que todo sistema social es dinámico y abierto. Dinámico, en cuanto que un sistema social implica y resulta de un juego de fuerzas, no necesariamente internas a él; por ello se dice que un sistema social es abierto, ya que constituye parte de otro sistema más amplio, que lo hace posible y en el cual adquiere sentido funcional. De hecho, todo sistema social se encuentra en un proceso de continuo cambio y evolución, aun cuando este proceso quizá no altere esencialmente su estructura. Sólo en beneficio de la claridad analítica se puede establecer un corte y examinar los elementos y mecanismos que, en un momento determinado, configuran un sistema.

Aplicado al presente caso, el enfoque de sistemas va a presuponer que el mesón es un sistema social y, a su vez, un subsistema del sistema social salvadoreño; más concretamente, de la organización social de la ciudad de San Salvador. Este presupuesto es ciertamente ambiguo, y puede conducir a errores similares a los que se han achacado a los estudios de O. Lewis. Posiblemente, los dos peligros mayores sean: a) cierto ahistoricismo, como si se pudiera entender un sistema social, en nuestro caso un mesón, a partir del "aquí y ahora", y no como el resultado y parte constitutiva de un proceso histórico; b) el tratar de entender un sistema social como un todo, completo en sí, como resultante de fuerzas y procesos intrínsecos al mismo sistema, y cuyo sentido viene dado por su misma configuración. Aunque, en teoría, la apertura del sistema obliga a referirse a fuerzas anteriores y extrínsecas (o mayores), en la práctica los análisis se suelen quedar a nivel de los factores "propios" del mismo sistema.

Ciertamente, si algo muestran los resultados de nuestro estudio es que un mesón no puede entenderse como un sistema en este sentido ahistórico e independiente, y que su estructura y significación sólo son comprensibles como parte de un sistema más amplio. Es difícil hablar de sistema o subsistema sin asumir, implícita o explícitamente, los presupuestos del planteamiento originario, de carácter biológico: el carácter de totalidad, el carácter de orden estable o en equilibrio (de ahí la dificultad del funcionalismo para explicar los cambios sociales) y cierto sentido de "suficiencia" sistemática.



Si, a pesar de estos innegables peligros, hemos mantenido el enfoque de sistemas ha sido principalmente por dos razones, una práctica y otra teórica. Prácticamente, el enfoque de sistemas ofrece un esquema relativamente sencillo para la recolección y organización de datos, factor muy importante dadas las limitaciones de tiempo y recursos disponibles para nuestra investigación. Teóricamente, el enfoque nos parecía interesante ya que el trabajo de la FUNDASAL pretende, precisamente, el cambio de la comunidad del mesón desde dentro —claro está, alterando ciertos elementos importantes e induciendo nuevas fuerzas sociales. El enfoque de sistemas nos permite, también, asumir hipotéticamente los planteamientos de Torres-Rivas que, en el contexto de una visión estructural de dependencia, no tiene inconveniente en conceder al mesón la categoría de subsistema.

2.2. Metodología empleada en la investigación.

La selección del mesón para nuestro estudio no fue realizada según técnicas de muestreo, sino que fue simplemente determinada por su asequibilidad en la práctica. Por ello, ni se pretende que este mesón sea representativo de los mesones de San Salvador ni que nuestro análisis y conclusiones sean *a priori* generalizables. *A posteriori*, y con todas las precauciones del caso, sí se puede comprobar que las características más generales —tamaño del mesón, número de piezas y familias, nivel socioeconómico del grupo, ubicación, empleo, etc.— corresponden fundamentalmente a los datos ofrecidos por otras investigaciones. Sin embargo, queremos enfatizar que el presente estudio contempla un caso, y que este caso no fue técnicamente seleccionado por su representatividad.

El método empleado para la recolección de datos fue el de la observación participante. Uno de nosotros convivió durante una semana con una familia del mesón, conocedora de nuestro propósito y generosamente dispuesta a colaborar con nuestro trabajo. Esta misma familia nos sirvió como informante, no sólo para responder las muchas preguntas y dudas que iban surgiendo, sino para introducirnos de una manera “natural” a otras familias y ofrecer nos su caso particular como un ejemplo más detallado. La recolección de datos se efectuó de acuerdo con un esquema estandarizado (cf. Anexo) más un diario de campo, y las conversaciones informales realizadas durante la convivencia en el mesón fueron orientadas según un cuestionario guía.

3) ANALISIS DESCRIPTIVO DEL MESON

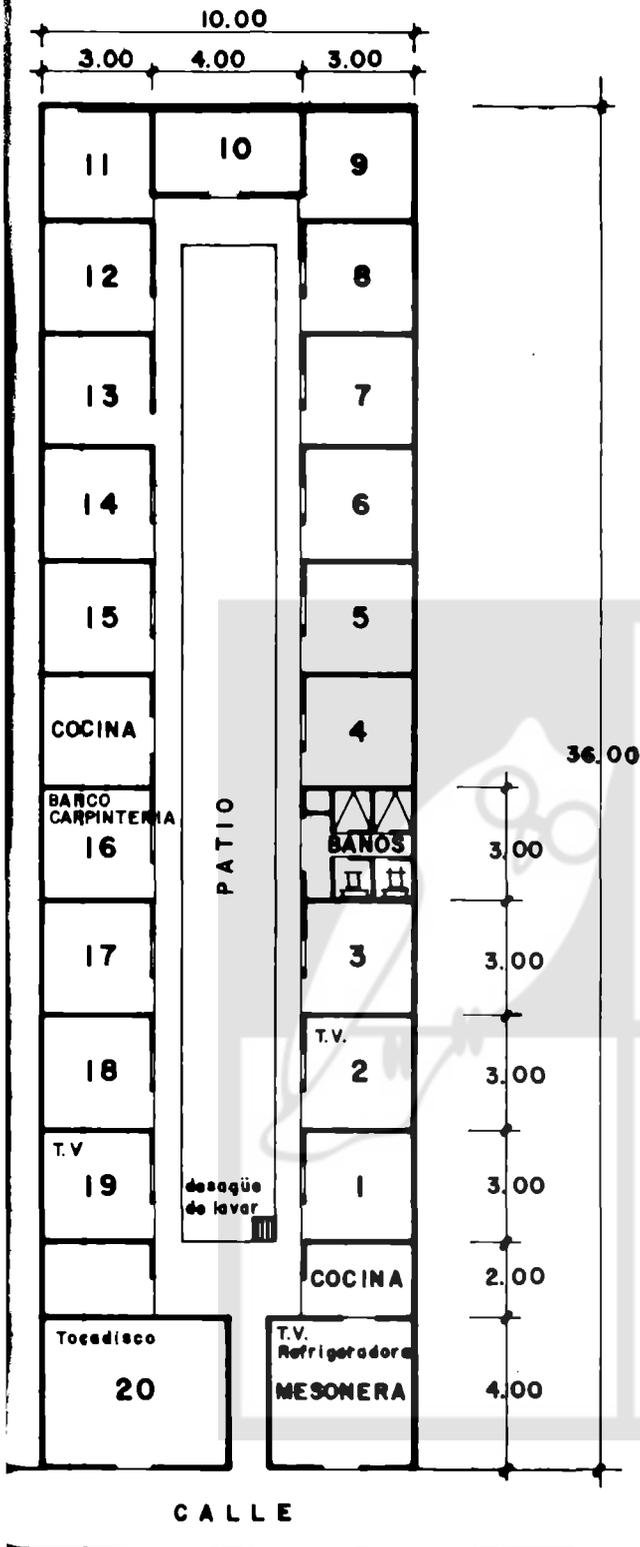
3.1. El mesón.

El mesón escogido se encuentra en una calle secundaria, en la parte sureste de San Salvador. Se



trata de una calle situada en las proximidades de Casa Presidencial y el cuartel conocido como “El Zapote”, conectada con varias arterias importantes. El mesón presenta por fuera el aspecto de una casa vieja y, dado el desnivel de la calle, para llegar a él hay que subir un alto escalón de piedra. Frente al mesón hay una tiendita de abarrotes y, en las proximidades, funciona una amplia farmacia y otras tiendas, sobre todo de comestibles. Junto al mesón se encuentra un taller de carros, donde siempre hay algún vehículo descompuesto, piezas y partes de carros viejos y, por lo general, algún otro vehículo parqueado. En el taller se observa una actividad casi continua y es frecuente ver algunos hombres platicando a la entrada.

El mesón tiene forma rectangular y, según las estimaciones, tiene un tamaño de 36 metros de fondo por 10 de ancho (cf. Figura 1). Del área total de 360 m², 210 corresponden a las habitaciones y 150 a los espacios de uso común (acceso, patio y servicios). La fachada presenta tres puertas: dos laterales que dan a habitaciones particulares, y una central, por la que se llega al resto del mesón. Se entra por un pasillo, corto, estrecho y oscuro, que termina en una puerta de madera vieja, en forma de verja. Al abrirse, la puerta produce un fuerte chirrido, lo que sirve como aviso a cualquier persona que se encuentra en las cercanías de que alguien entra al mesón. Además, hay un portón fuera, que permanece abierto todo el día, pero se cierra a las diez de la noche. Existen varias llaves de este portón, pero la mesonera (que no es la propietaria, sino simple administradora) sólo se las da a quienes son de su confianza.



PLANO DEL MESON CON LOS SERVICIOS
Y PIEZAS NUMERADAS

En el interior del mesón, se observa un patio de cemento, largo y estrecho, rodeado de piezas a ambos lados. En el patio únicamente se ven cuerdas para tender ropa. La estrechez del patio no permite mucha interacción, ya que permanecer en él implica necesariamente estorbar el paso a otra persona. Llama la atención el que no haya ninguna planta o maceta de flores en todo el edificio. Tampoco se encuentran animales de ningún tipo —aunque luego pudimos comprobar que, en el mesón, hay por lo menos tres gatos, una gallina, y hasta dicen que en una habitación crían ratas “para vender en el mercado”. Las habitaciones son de bahareque, menos dos piezas, que son mixtas. En general, el estado de la construcción es bastante aceptable, y la impresión que tiene el visitante es de orden y limpieza dentro de una gran estrechez.

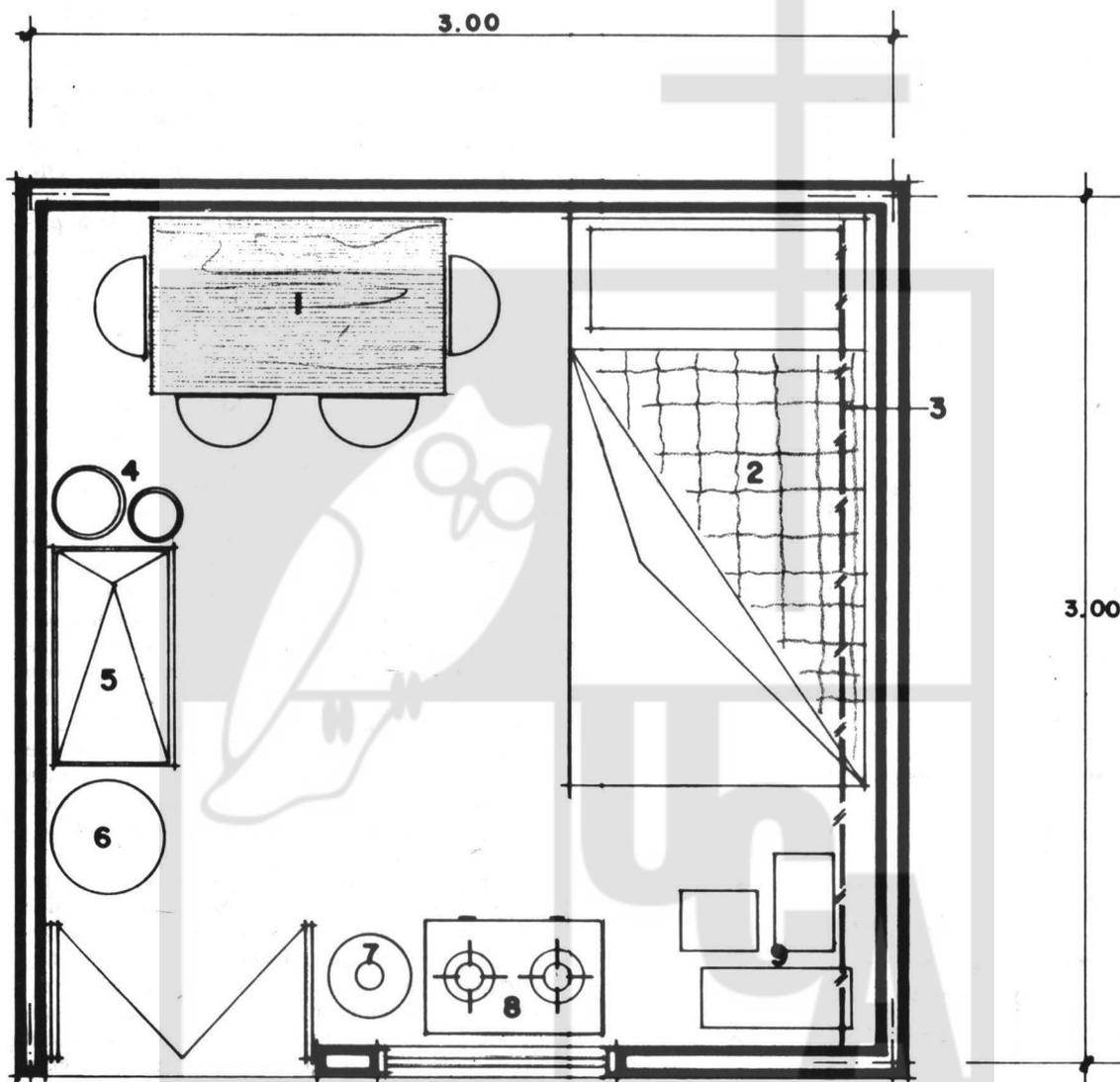
Fuera de las dos piezas del frente y de la pieza que queda al fondo del patio, que son mayores, el resto de las habitaciones son de 3 x 3 metros. Cada una de ellas tiene una puerta de madera vieja, de doble batiente, que las familias suelen cerrar con candado. Cada pieza tiene también una ventana hacia el patio, pero abrirla implica exponer la casi totalidad de la propia pieza a la vista de todos, por lo que las familias suelen mantenerla cerrada. En el centro, aproximadamente, de la parte derecha del mesón, el espacio de una pieza es ocupado para los servicios comunes: frente a frente se encuentran dos baños y dos inodoros, para hombres y mujeres respectivamente. En una esquina se encuentra, además, una pila, donde los moradores recogen el agua, pero en la que está prohibido lavar ropa. Al lado izquierdo, y también hacia la mitad del mesón, otro espacio es empleado como cocina, supuestamente para todos, pero que, en la práctica, sólo usa la mesonera. Fuera de ello, la mesonera usa también el espacio adicional que queda entre la habitación del frente de la derecha y la pieza número 1 como cocina y saca unas mesas y sillas al patio, donde sirve de comer. En su pieza tiene una tiendita, sobre todo para los habitantes del mesón.

Como las familias tienen prohibido dejar ningún objeto o pertenencia en el patio común, todos sus enseres y propiedades se encuentran en el interior de las habitaciones. Todas las piezas cuentan con luz, aunque la mesonera controla su uso. Un recuento de los muebles muestra que, en cada habitación, hay por lo menos una cama o catre, una mesa y alguna silla. Los inquilinos disponen de un gran número de cubos y huacales para recoger el agua que necesitarán a lo largo del día. La mayoría y quizá todas las familias disponen de un aparato de radio, y tres familias, entre ellas la de la mesonera, cuentan también con aparato de televisión. En una pieza hay un banco de carpintería, con el que el propietario trabaja por las mañanas, y la mesonera tiene una refrigeradora (para los usos de la tiendita, sobre

todo). Casi todas las familias tienen cocina de gas —puesto que no pueden usar la cocina común— y una batea para el lavado de ropa. En la Fig. 2 se puede ver la disposición de la pieza de nuestros informantes, disposición que podemos considerar fundamentalmente típica de una pieza de este mesón. La acumulación de muebles y enseres, más la poca ventilación, hace que las familias suelen mantener la

puerta entreabierta mientras están dentro. Sin embargo, suelen dejar de tal manera la puerta que, desde fuera, o no se ve nada de la pieza, o únicamente se ve algún objeto que impide la visión de los enseres y rincones más "íntimos" de la habitación.

Entre las ventajas de este mesón que los inquilinos mencionaron con más frecuencia, están: las



HABITACION TIPICA DEL MESON CON SUS MUEBLES Y ENSERES

- | | |
|------------------|-----------------|
| 1- MESA Y SILLAS | 6- BARRIL |
| 2- CAMA | 7- TAMBO DE GAS |
| 3- ROPA COLGADA | 8- COCINA |
| 4- HUACALES | 9- VALIJAS |
| 5- BATEA | |

comunicaciones, la seguridad y el costo. Ciertamente, aunque el mesón se encuentra en una calle secundaria, no sólo permite el acceso a pie a numerosos puestos de trabajo —por ejemplo, mercados—, sino que numerosas rutas de buses pasan por las cercanías, lo que permite a sus habitantes llegar con facilidad a otros centros laborales de San Salvador. Por otro lado, ninguno de los inquilinos entrevistados dejó de mencionar como gran ventaja del mesón su seguridad interna. El hecho de que la mesonera (la administradora) controle la entrada y salida de la gente por el ruido de la puerta sirve diversas funciones, pero constituye un indudable mecanismo de seguridad. En lo que recordaban, incluso los vecinos más antiguos, ningún problema se ha producido en el mesón por robo o desaparición de objetos. Algunos, aunque no todos, vinculan la seguridad con el orden del mesón. Finalmente, el costo del mesón es considerado por la mayoría como “razonable”, ya que la cuota es de 27 colones, excepto para la familia que habita la habitación izquierda de la fachada (más grande), que paga 50 colones. Este costo es de los más bajos para una pieza de mesón en el área de San Salvador (cf. EDURES, 1978, I p. 40). Para las familias del mesón, el alquiler representa entre un 10 y un 15 o/o de su ingreso mensual.

En conclusión, la impresión que tiene un visitante al entrar al mesón en un día de semana es la de un vecindario pobre, pero limpio y ordenado, relativamente tranquilo. La vida se concentra en un espacio angosto y pequeño: se ve a algunas mujeres dedicadas a lavar ropa, que luego cuelgan a secar, uno o dos hombres sentados delante de su pieza, y quizás algún niño pequeño cerca de su madre. Probablemente se podrá ver la mesonera “torteando”, en plática, más o menos casual, con algún familiar o inquilina. Aparentemente, un panorama “hogareño”, un orden social armonioso y satisfactorio.

3.2. Las familias del mesón.

Un total de cincuenta y siete personas viven en el mesón, lo que da una relación de aproximadamente 6.3 m² por persona. Este cálculo es totalmente engañoso, porque presupone que la totalidad del mesón pertenece a todos —como ocurre en una casa particular—, lo que no es el caso. De hecho, cada familia no puede contar más que con el espacio de su propia pieza (¡nueve metros cuadrados!) y, sólo circunstancialmente, con el patio común. En el Cuadro 1, se puede observar la relación entre individuos y piezas, es decir, cuántos individuos hay viviendo en las piezas de este mesón.

Cuadro 1

Relación entre habitaciones e individuos

Número de individuos por pieza	Número de piezas	Total de individuos
1	7	7
2	3	6
3	5	15
4	3	12
5	2	10
7	1	7
TOTAL	21	57

El promedio de habitantes por pieza para la totalidad del mesón es de 2.71 por debajo del promedio de 3.8 miembros encontrado por el estudio de EDURES (1978, I, p-7). Incluso si restamos las habitaciones ocupadas por un solo individuo (7), el promedio de habitantes por pieza del resto del mesón es de 3.57, todavía inferior a la media indicada. Probablemente la causa inmediata de este “bajo” promedio se deba a la notoria ausencia de niños en el mesón, hecha posible por la política selectiva de la mesonera (administradora) al aceptar nuevas familias —y más de la mitad de las familias lleva menos de dieciocho meses ocupando este mesón. (En este trabajo, nos referimos a los habitantes de cada pieza del mesón como una familia, independientemente de que está constituida por varios o sólo un miembro.) Dadas las dimensiones tan pequeñas de este mesón y el número total de habitantes, la densidad poblacional neta en él es de 1583.3 habitantes por hectárea, lo que da un promedio de 18 m² por familia; esta densidad es bastante más alta que la densidad promedio de los mesones del área metropolitana, que es de 1300 personas por hectárea, con un promedio de 28 m² por familia (EDURES, 1978, I, p. 34). Esta densidad aparece todavía más patentemente en la relación de habitantes por inodoro y baño, que en este mesón es notoriamente peor que la media de los mesones capitalinos (EDURES, 1978 I, p. 40).

En el Cuadro 2, podemos observar la distribución de la población del mesón por edad y sexo.

Cuadro 2

Edad y sexo de los inquilinos

Edad (años)	Sexo		Total
	Masc.	Fem.	
1 - 5	1	3	4
6 - 14	4	0	4
15-19	3	2	5
20-30	13	8	21
31-40	5	5	10
41-50	4	3	7
51 ó más	3	3	6
TOTAL	33	24	57

Llama la atención la forma romboidal de la pirámide demográfica de este mesón, tan distinta de la pirámide poblacional de El Salvador, cuya base infantil es siempre mayoritaria. En este sentido, es obvio que este grupo humano es atípico respecto a la familia salvadoreña promedio. Este hecho ya fue observado por la investigación de la FUNDASAL, que lo relaciona con las restricciones establecidas por los mesoneros respecto a las familias con muchos niños (cf. Harth, 1976). El caso es que la población infantil (entre 1 y 14 años) apenas constituye un 14 o/o del presente grupo, porcentaje muy inferior al de cualquier otro sector poblacional en El Salvador. ¿Es la familia reducida una consecuencia de la estructura del mesón? ¿O, más bien, el mesón sólo recibe familias reducidas? Posiblemente, ambos aspectos tengan su parte de verbal y haya que concebir la relación entre el mesón y el tamaño de la familia de una manera dialéctica. Sin embargo, nuestros datos no nos permiten aquí superar el simple nivel hipotético.

Si examinamos la composición de las familias del mesón, nos encontramos con el siguiente cuadro:

Cuadro 3

Composición familiar

"Estructura" familiar	Número de casos
Hombre solo	7
Mujer sola	1
Pareja sin hijos	2
Pareja sin hijos con allegados	1
Pareja con hijos	3
Pareja con hijos y allegados	3
Madre con hijos	4
TOTAL	21

Una vez más, llama la atención el que la mitad de las familias habitantes del mesón o son individuos solos (8) o son parejas sin hijos (3).

Si examinamos a los habitantes del mesón en su aspecto laboral, nos encontramos con que la mayoría de la población que se podría considerar económicamente activa tiene actualmente empleo (ver cuadro 4).

Cuadro 4

Actividad Laboral

Sector económico	N	Ocupación	
Industria	12	Albañil	4
		Mecánico	4
		Obrero	2
		Armador	1
		Soldador	1
Servicios	24	Ofic. domésticos	8
		Comer. locat.	4
		Empleado	3
		Motorista	3
		Peón	3
		Sereno	1
		Telegrafista	1
		Ofic. varios	1
TOTAL	36		36

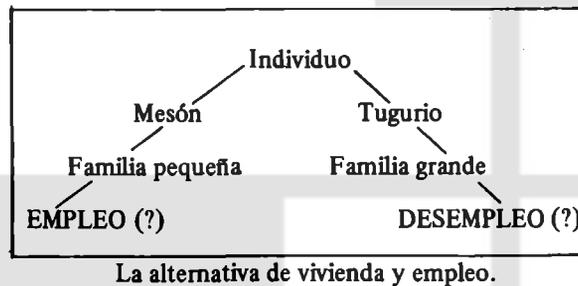
Aunque la clasificación laboral no es rigurosa, corresponde a la definición que de su ocupación dan los interesados y/o la definición que de ella dan los otros miembros del mesón. Si al grupo le restamos los ocho individuos menores de catorce años, nos encontramos con que el 73.5 o/o de la población adulta se encuentra con una ocupación laboral, lo que representa un porcentaje casi óptimo. De hecho, todos los jefes de familia se encuentran actualmente empleados. En este sentido, no cabe duda de que se trata de un sector "privilegiado" con respecto a otros sectores poblacionales equivalentes.

Cabe preguntarse, aquí también, sobre la relación entre mesón y empleo, aunque tampoco aquí podemos pasar del nivel hipotético. Ciertamente, ya vemos cómo la mayoría de los vecinos mencionaban el acceso al trabajo como una de las principales ventajas del mesón. Todas las ocupaciones aquí mencionadas pertenecen a los niveles laborales más bajos y, de hecho, el ingreso mensual de las familias de este mesón oscila entre los 200 y los 350 colones, lo que les ubica entre el segundo y tercer decil inferior de la distribución familiar por ingreso en el área metropolitana de San Salvador (cf. MINPLAN,

1978, p. 214). Sin embargo, el tamaño inferior de estas familias resulta obviamente en una renta per cápita muy superior a la de otras familias con el mismo nivel de ingresos mensuales. Parece oportuno hipotetizar sobre la relación entre mesón, tamaño de la familia y empleo, sin que nos sea posible más que insinuar una aparente correlación, aunque no podamos

inferir ningún tipo de dirección causal. No obstante, el dato es importante, sobre todo referido al sentido de la presente organización social del mesón y a un posible cambio. En la Figura 3, tratamos de visualizar la alternativa (hipotética) que el sistema social dominante presenta al individuo pobre en San Salvador entre vivienda, familia y empleo.

FIGURA 3



El último aspecto que nos interesa examinar con respecto a los habitantes de este mesón es la estabilidad habitacional. De las veinte familias viviendo actualmente en el mesón (el hijo de la administradora ocupa la habitación 1), once llevan menos de año y medio. De las once familias que se fueron durante este período, siete fueron echadas por la mesonera (la administradora del mesón): seis se fueron a vivir a otro mesón, y una a la casa de un familiar. Las otras cuatro familias abandonaron el mesón "voluntariamente", para irse a vivir a un lote o casa propia. Ponemos el voluntariamente entre comillas, ya que la voluntariedad se refiere únicamente a las relaciones externas con la mesonera, pero no a las condiciones mismas del mesón. En otras palabras, estas familias no fueron echadas por la mesonera, aunque quizá lo fueron —no lo sabemos— por la incompatibilidad material del mesón con su vida y aspiraciones familiares. Una vez más, nos movemos aquí en un terreno hipotético, que no nos permite llegar a ninguna conclusión.

Estos datos parecen, sin embargo, confirmar la hipótesis de Torres-Rivas (1971) de que el mesón es un "sitio de tránsito". Ahora bien, el hecho de que seis de las once familias que salieron fueran a otro mesón, y que las familias restantes muestren una relativa estabilidad (una familia tiene catorce años de vivir en él, y otras dos, casi veinticinco), nos hace entrar en dudas sobre la aparente validez de esta hipótesis. Quizás la transitoriedad haya que entenderla de un modo distinto, posiblemente más en un senti-

do vivencial-subjetivo que factual-objetivo. Más adelante volveremos sobre este punto.

3.3. Un caso familiar.

La familia de Carlos es relativamente nueva en el mesón. El lleva año y medio; su esposa, Angela, y su hijito, Hugo Alfredo, un poco menos; y su hermano, Meme, apenas se vino a vivir con ellos hace unos siete meses. Son originarios de Tacuba, Departamento de Ahuachapán, pero ya desde antes de venir a este mesón vivían en San Salvador.

Carlos pasó su infancia como colono en el Beneficio "Nejapa", en Tacuba allí vivía con su hermana y desde chico trabajó como peón de camiones cargueros de café. Alguna vez participó en la corta, pero esa actividad no le gustaba. Estudió hasta noveno grado, en que tuvo que abandonar la escuela. Hacia los dieciocho años se fue a Santa Ana, su primera experiencia con una ciudad. Allí trabajó como obrero. Estando en la fábrica, se unió a sus compañeros de turno para formar un sindicato que canalizara sus reivindicaciones laborales. Ello le valió la suspensión y pérdida de su puesto. Tras tres años en la ciudad, regresó a Tacuba para "ayudar a su madre", y allí permaneció durante algún tiempo.

A los veintitrés años, Carlos se vino a San Salvador. Aquí estuvo viviendo en Mejicanos, en la casa de una tía que ya tenía más de quince años de residir en la capital. Empezó trabajando como soldador y armador en el negocio de un primo suyo, lo

que no le daba mucho trabajo. Cierta día, un amigo que trabajaba en Shellane le contó sobre la posibilidad de un empleo como "llenador de cilindros". Como la ocupación con el primo le dejaba bastante tiempo libre, decidió aceptar "para mientras", lo que ocasionó problemas con su familia. Decidido a cambiarse de casa, buscó un apartamento por el mercado San Miguelito; pero, dado el precio de la vivienda, apenas se quedó allí quince días. Un conocido que trabajaba con un distribuidor de gas le dijo que en el mesón donde él vivía había una pieza desocupada. Ese mismo día, en la noche, el amigo le presentó a la Niña Lupita (la mesonera o administradora del mesón) y, al día siguiente, Carlos se pasó con todas sus pertenencias.

Al poco tiempo de vivir en el mesón, y considerando que su empleo era estable, Carlos decidió casarse con Angela, a quien ya conocía de Tacuba. Con ella procreó a Hugo Alfredo. Antes de casarse, la Niña Lupita le lavaba la ropa y le preparaba la comida. Lavar seis mudadas por semana le costaba cuatro colones y la comida un colón por tiempo. En la actualidad, Angela, además de cuidar a Hugo Alfredo, se encarga de esas tareas de lavado y comida.

Carlos trabaja en la empresa, con un salario de 280 colones mensuales. Como no le "alcanza" con eso, tiene que hacer horas extras, y así redondea un ingreso mensual de unos 350 colones. De ello, tiene que pagar 27 colones por la pieza del mesón y 20 para la letra de unos muebles de comedor. Para llegar a tiempo a su trabajo, Carlos se levanta diariamente a las cinco y media de la mañana y sale del mesón hacia las seis y media, tras bañarse y desayunar un pan dulce con café. Se traslada en bus, que toma como a una cuadra del mesón, y el trayecto le lleva más o menos media hora. Regresa al mesón entre cinco y media y seis de la tarde, y desde entonces se dedica a platicar con Angela, a veces le ayuda a recoger agua y, mientras ella prepara la comida o lava los trastos, se pone a jugar con el niño.

En la actualidad, Carlos no está sindicado, pues no hay sindicato en la empresa en que trabaja. Sin embargo, y aunque considera que está mal pagado, "ahora no me dejaría ir así no más; tendría que investigar la conducta de los directivos". Piensa Carlos que la mayoría de los dirigentes sindicales está corrupta, ya que no rinde cuentas sobre los fondos de los trabajadores ni hace nada serio por mejorar su suerte. Tampoco participa Carlos en ninguna otra organización, e incluso se retiró de la cooperativa de la empresa "porque estaba muy turbia". Cree que el gobierno se encuentra al servicio de "la masa financiera" (son sus propias palabras), pero eso no le lleva a inscribirse o comprometerse con algún partido político. Según él, en el mesón no se hace propaganda política, aunque reconoce que predomina la simpatía por el partido oficial, ya que la Niña Lupita tiene amigos en casa presidencial y en la po-

licía, y muestra inclinación por ese partido.

Carlos es católico practicante. De joven perteneció a un club juvenil de la parroquia de Tacuba su pueblo natal. Todos los domingos va con Angela a misa, y en la mañana sintonizan la YSAX para escuchar la homilía de Monseñor Romero.

Aunque no le gusta vivir en el mesón, considera que no tiene otra alternativa, dados sus recursos económicos. Sin embargo, lo ve como una solución provisional y mantiene la ilusión de contar algún día con una vivienda propia. En cierta oportunidad estuvo haciendo averiguaciones con un amigo del mesón sobre cierto lote en Mejicanos, pero tuvo que descartar la idea, pues "estaba muy quebrado y muy metido".

Sus relaciones en el mesón son "excelentes". La Niña Lupita, la mesonera, se expresa muy elogiosamente de él, y le ha dado llave de la puerta. El le hace algunos favores eventualmente y, aunque la considera fiscalizadora y crítica, tanto él como Angela aceptan su autoridad y aprovechan ciertas prerrogativas que su confianza les proporciona en el mesón. Por ejemplo, ven televisión en su pieza. Sin embargo, saben que la mesonera es inflexible respecto a la regulación de la vida del mesón y, hablando sobre las familias que tuvieron que irse, no dejan de expresar una gran inseguridad: "A ver cuándo nos toca a nosotros".

Angela es cuatro años menor que Carlos (tiene veintidós años), y también originaria de Tacuba. Era hija de la sirvienta de una familia cafetalera, y vivió en la casa de los "patrones" hasta los quince años. Estudió hasta sexto grado en la escuela del pueblo y aprendió con su madre los oficios domésticos. A los quince años se vino a San Salvador, a trabajar como doméstica con la misma familia a quien había servido en Tacuba. Allí trabajó varios años, siempre en el mismo hogar, hasta que se casó con Carlos y procreó a Hugo Alfredo. En la actualidad no tiene empleo, pues no tiene con quien dejar al niño.

Angela se encarga de atender las necesidades familiares. A las seis de la mañana se levanta y va a la tienda a comprar las cosas para el desayuno. Cuando se van Carlos y Meme, lava en el patio y atiende al desayuno del niño. Después, desayuna ella, arregla la pieza y se queda allí, leyendo el periódico o entreteniendo el tiempo. Hacia las once vuelve a salir a la tienda, a comprar las cosas para el almuerzo. Después, descansa en la pieza, leyendo el periódico o dormitando. Hacia las tres, sale con el niño a caminar por el patio. A veces le compra una paleta donde la Niña Lupita, y algunas tardes se quedan en la pieza de ella, viendo televisión. "Antes salía al parque con el niño; pero desde que oí cómo la Ana María decía que la señora de José Luis había salido toda una mañana para irse a un hospedaje con otro hombre, ya no me gusta salir. Únicamente salgo los domingos con Carlos".

Angela es bien considerada por sus vecinos, aunque ella trata de eludir el conversar frecuentemente con otras mujeres para evitar la acusación de "chambrosa". Cuando lava en las mañanas, platica con otra señora del mesón, pero únicamente visita a la Niña Lupita. Precisamente, son estos límites de Angela en sus relaciones vecinales y en sus salidas (y su consiguiente dedicación total a su familia) los que parecen fundamentar su fama de seriedad y su buen nombre en el mesón. No deja que Hugo Alfredo se aparte de ella o salga de la pieza solo; esto le ahorra a Angela posibles conflictos, pero hace que el niño se pase la mayor parte del día dormitando sobre el lecho familiar, sin poder apenas rebullir en el espacio estrecho de la pieza.

Meme, el hermano de Carlos, tiene catorce años. Hace apenas siete meses se vino de Tacuba y desde entonces vive con ellos. Ya allí, a los cinco años, había vivido en una pieza de mesón, pero luego se pasó a vivir con su cuñado, a la casa del beneficio. Meme encuentra "fregado" vivir en un mesón, ya que "uno no es absoluto" de hacer lo que quiera. Para jugar, dice Meme, uno tiene que irse afuera, pues si lo hace dentro, le regañan. Otras cosas, como el tener que hacer cola para usar la regadera o el chorro o el tener que dormir en el suelo, en un petate, no le molestan tanto a Meme. Por otro lado, piensa que San Salvador es mas divertido que Tacuba, pues hay más que hacer: se puede ir al parque o al zoológico, y se tienen muchos más "cheros".

La jornada de Meme se divide en trabajo por la mañana y estudio por la tarde. Sale a la misma hora que Carlos, pero él va caminando al trabajo para ahorrar los centavos del bus. Se encuentra como aprendiz en una vidriería, donde desempeña todo tipo de oficios y gana 40 colones mensuales. Aunque no paga alojamiento ni comida, siente que el dinero no le alcanza para sus necesidades —principalmente, ropa y diversiones—, lo que le hace sentirse "explotado". A la tarde, y tras comer en el mesón con su cuñada Angela, acude a una escuela cercana, donde estudia octavo grado. Durante el tiempo de la investigación, Meme se pasó a dormir a la pieza de al lado, donde vive un hombre solo, Martín, buen amigo de Carlos.

3.4. Un día en el mesón.

La vida comienza muy temprano en el mesón. Hacia las tres y media de la madrugada, paulatinamente, el patio se empieza a llenar de voces y pasos. Paulino, el de la pieza 6, y Oscar, de la pieza 8, ambos motoristas, se disponen a iniciar la jornada y comentan sobre viajes y cobros. Hacia las cuatro y media, se empieza a oír algunos aparatos de radio en cendidos, movimiento en los servicios, comentarios sobre el frío mañanero. Apenas empiezan a apuntar las primeras luces del alba.

A las cinco y media de la mañana, ya hay cola para el baño. Los hombres esperan su turno sin ca-



misa, con una toalla a la cintura, mientras platican incidentalmente o se saludan entre sí. Es importante llegar pronto al baño, pues si no puede quedarse uno sin agua, ya que entre cinco y media y seis la cortan. También las mujeres empiezan a movilizarse, algunas hacia su trabajo, otras iniciando las tareas domésticas cotidianas. Lola, la prima de la Niña Lupita, lava maíz en el chorro de agua. A veces, la niña Chela, de la pieza 17, lava ropa en el patio ya a esta hora. Angela va a la tiendita a comprar el pan y el café para el desayuno. La Cecilia ya ha quitado el agua, y Meme, Martín (pieza 4) y Marcial (pieza 18), que esperaban turno, únicamente pueden lavarse la cara en el chorro.

Seis y veinte. Carlos termina su desayuno de café negro y pan dulce, mientras Angela le prepara dos panes con queso para el almuerzo. Luego sale del mesón junto con Roy, el de la pieza 11, que es mecánico y que tiene que tomar el mismo bus. Carlos y Roy han hecho buena amistad, y a veces, van al estadio a divertirse juntos. Sale también Don Beto, el de la pieza 12, que es albañil. A las seis y media, el ritmo de vida en el mesón parece quedar momentáneamente suspendido. Se oye la música de un par de radios y el área de los servicios se encuentra vacía; el mal olor que sale de ella se expande hasta el último rincón del mesón.

Hacia las siete, Don Nico, el de la pieza 16, sale al servicio, mientras la niña Juana, su señora, saca unos huacales con agua al patio. Angela y Gloria, la esposa de Marcial (el de la pieza 18), se disponen a lavar ropa cerca del tragante, cada una con su respectiva batea y huacales de agua. Don Nico parado delante de su pieza, comenta las noticias del "Diario de Hoy". Don Nico tiene como sesenta años, es carpintero, y dedica las mañanas a trabajar en su oficio en su misma pieza. Por la tarde, se pone saco y corbata, ya que trabaja en la Biblioteca Nacional. Don Nico es un hombre respetado en el mesón, en el que ya lleva viviendo más de ocho años. Aunque su trabajo como empleado del gobierno le produce un ingreso mensual de casi 400 colones, sigue practicando la carpintería para que no se le olvide y "para no quedar volando". Paradójicamente, su esposa la niña Rosa es mirada con cierto desprecio, ya que, aunque trabaja lavando ropa ajena, siempre anda pidiendo comida a los demás. Sus hijos, ya mayores, no han querido aprender ningún oficio y, cuando no se encuentran bajo los efectos del alcohol, tienen que trabajar como simples peones. Don Nico es originario de San Salvador, y nació y ha vivido toda su vida en un mesón. En otro tiempo trató de conseguir casa propia, pero tuvo que desistir por la distancia y el costo. Ahora, ya se ha resignado a terminar sus días en el mesón.

Hacia las ocho, Martín, el de la pieza 4, va de aquí para allá saludando y comentando. Le asegura a Don Nico que es mejor trabajar con la empresa

privada que con el gobierno, ya que si lo despiden lo tienen que indemnizar, y así se puede vivir hasta encontrar otro trabajo. Martín procede de San Miguel, y lleva ya tres años viviendo en el mesón. Está separado de su mujer, y los hijos viven con la abuela en Ayutuxtepeque. Es obrero y su turno comienza en la tarde, por lo que suele pasar las mañanas en el mesón. Martín es un hombre cordial y servicial, que goza de general aprecio en el mesón. La Niña Lupita le prepara los tres tien.pos de comida y le lava la ropa; él, a su vez, le hace algunos favores, como conseguirle leña. Don Nico y Martín comentan sobre los derechos de los trabajadores: "Dicen que no tenemos derechos; derechos sí tenemos. ¡Lo que pasa es que no nos oyen!"

Angela ya terminó de lavar y empieza a preparar el desayuno para Hugo Alfredo, su hijo. Marfa, la de la pieza 13, sale a limpiar el área del patio correspondiente a su pieza. Ella y su marido, Daniel, casi no se tratan con nadie en el mesón, fuera de la mesonera, a quien compran las tortillas. Marfa es originaria de Zacatecoluca. Antes vivía en un pupilaje y trabajaba en SALUME, pero tuvo problemas con el patrón y dejó el trabajo. Dice que se aburre y está hastiada, y deseaba irse del país, aunque tuviera que dejar a su compañero. Lola ya encendió el fuego para cocer maíz en la cocina, mientras Marfa empieza a colgar ropa en las dos "pitas" que le está permitido tener en el patio, tratando de eludir la conversación con otros inquilinos.

Son las nueve y media de la mañana. Angela hace la limpieza. Los sábados, a esta hora, Ana María, la hija de la Niña Lupita, prepara carne en la cocina para tamales. Ana María estudia y dice que le gusta cocinar. Se encuentra bien en el mesón, ya que no hay desórdenes como en otros, como en el que vivían antes de que su mamá se moviera para aquí. Cuenta que ayer tuvieron una fiesta con los muchachos de enfrente, y detiene su plática para regañar a sus hermanitas, Sandra y Lucy, que están molestando. El ambiente del mesón es aparentemente tranquilo, y se oye el martilleo de Don Nico en su pieza. El patio se empieza a llenar de prendas recién lavadas. "Aquí la gente paga puntual —señala Ana María— porque firman un contrato", Hace calor, y en el mesón no corre brisa alguna. El olor procedente de los servicios como que se hace más pesado con la temperatura.

Hacia las once, Angela vuelve a la tienda a comprar para el almuerzo del niño, de Meme, y el suyo. Como no se pueden conservar alimentos en la pieza, cada comida requiere un correspondiente viaje a la tiendita. A Angela le gusta respirar el aire de "fuera", aunque no sea más que en estas idas del mesón a la tienda. El almuerzo consiste en un huevo, arroz, frijoles y tortillas. La Niña Lupita provee de tortillas a todos los inquilinos del mesón, e incluso a personas de los alrededores. Las vende a cinco

centavos. Hacia las doce, Angela lleva su "manta" para esperar turno. La fila de las "mantas" sirve para mantener el orden, sin necesidad de que las personas del mesón hagan cola personalmente. Hacia la una, Angela retira sus tortillas y almuerza en su pieza con Hugo Alfredo. Después, se recuesta a descansar con la puerta entornada. El sol cae en vertical, y el calor dentro del mesón es sofocante.

Hacia el mediodía, la venta de tortillas origina en el mesón un continuo movimiento de personas que entran y salen. La Niña Lupita usa el espacio del patio junto a la entrada para poner unas mesas, donde llegan a almorzar unos empleados del gobierno. La Niña Lupita les atiende obsequiosamente, y hace como que no se entera de las bromas y alusiones que los hombres intercambian con Cecilia y Ana María. A pesar de su parentesco (prima), Cecilia trabaja como sirvienta de la Niña Lupita. En el mesón, la Niña Lupita tiene un verdadero monopolio comercial y alimenticio. Anteriormente, una vecina del mesón usaba su pieza como comedor, donde servía a varios inquilinos. La competencia no pareció gustar a la Niña Lupita. Otra vecina, muy amiga de ella, puso un rótulo en la puerta, burlándose del comedor. Esto desencadenó un fuerte conflicto, ya que la interesada culpó a la mesonera del incidente. Por supuesto, el conflicto terminó con la expulsión de la vecina del mesón.

Los sábados, hacia el mediodía y primeras horas de la tarde, se siente una gran animación en medio del sofoco del mesón. Gentes de los alrededores —hasta de la Colonia Costa Rica— vienen a comprar tamales a la Niña Lupita. Los hay de azúcar y de sal, y se venden a veinte centavos: "son un pasón". Pancho, el hijo de la mesonera, que vive en la pieza 1, regresa de su trabajo. Es mecánico y los fines de semana hace trabajos "particulares". Marcos, el de la pieza 9, llega directo a su pieza con un amigo, y se aprestan para ir a Santiago Texacuangos, donde parece que tiene a su mujer. Marcos apenas para en el mesón, y sólo utiliza su pieza para dormir. A veces trae mujeres a la pieza, pero procura no molestar a los vecinos. Apenas tiene cuatro meses de vivir en el mesón, y no hace esfuerzos por relacionarse con los otros inquilinos. El señor Rosales, compañero de la Niña Lupita, regaña a Lucy, la hija pequeña, que no quiere comer carne. Rosales trabaja como sereno en Santa Tecla, y sólo viene al mesón los fines de semana, pues su empleo lo mantiene alejado el resto del tiempo.

Hacia las tres, Angela sale a dar su paseo cotidiano con Hugo Alfredo por el patio. El calor dentro de la pieza es casi ahogante, y el ruido y el mal olor parecen hacerlo más sofocante. Cecilia aprovecha para preguntar a Angela si le han sobrado tortillas. Moncho, el hijo menor de Don Nico, de dieciséis años, llega vestido de futbolista, todo sudado, y se sienta delante de su pieza. Saluda a algunas de las

personas que hay por el mesón, entra a su pieza y sale con un radio, que va a escuchar al portón de la calle. Don Nico ya marchó hace rato hacia la biblioteca. Una de las vecinas de la pieza 7, que trabajan como locatarías del mercado, sale de su pieza y se pone a lavar ropa. Son de las más antiguas en el mesón, y casi no salen de su habitación. Mantiene relaciones relativamente afables con la Niña Lupita, que les suele encargar verduras y otros víveres del mercado. Las tres se muestran algo hurañas con el resto de los inquilinos, que sólo las conocen como "las muchachas". Nadie ha entrado en su pieza, pero dicen que crían ratas "para vender en el mercado". No pudimos verificar la veracidad de este chisme, aunque nos inclinamos a pensar que es falso; más probablemente, es como la condenación verbal de la hostilidad que los vecinos sienten respecto a "las muchachas".

Entre tres y tres y media "llega" el agua. Por supuesto, la Niña Lupita es la primera en llenar sus barriles y huacales. Tras ella, el resto de las mujeres del mesón. Esta actividad constituye uno de los procesos más importantes en la vida del mesón, un rito esencial e ineludible, largo y tediosa. La recogida de agua dura hasta bien entrada la noche, ya que algunas tienen que hacer hasta ocho "viajes" para llenar todos sus recipientes. Angela tarda más de veinte minutos en llenar un barrilito, tres huacales (dos pequeños y uno grande), una "cuchumba" y una olla. Si consideramos este tiempo como un promedio típico y multiplicamos por veinte familias, nos da un tiempo total de casi siete horas —aunque este cálculo no es adecuado, ya que los inquilinos de algunas piezas no recogen agua. La cola para el agua sigue el mismo patrón que para las tortillas: cada vecina pone sus ollas en fila, y así las demás respetan su turno, sin necesidad de estar presente todo el tiempo. Sin embargo, algunas de las inquilinas más antiguas se arrojan una prioridad, que las otras respetan para evitar conflictos. El espectáculo de la cola de ollas es lo primero que llama la atención cuando se entra al mesón en horas de la tarde. Quedarse sin agua puede ser un tremendo inconveniente, ya que en ese caso hay que ir a buscar a una fuente algo distante del mesón. Si alguna persona ha terminado su turno de "llenar" y necesita más agua, tiene que pedir permiso a la persona que esté en el chorro en ese momento. La Niña Lupita controla el agua, aunque, si ella la necesita, la conecta a cualquier hora del día.

A partir de las cuatro, empiezan a regresar los hombres al mesón. Carlos suele llegar entre cinco y media y seis, cuando todavía las mujeres están recogiendo agua. Angela empieza a cocinar para la cena. Se oyen radios y conversaciones, en ocasiones opacadas por el ruido de lluvia. Entre la cola para el agua, el regreso de los que trabajan, la temperatura, el ruido de los radios y el olor de los servicios, la atmósfera del mesón se va volviendo más y más pe-

sada. Cuando llueve, la situación se complica, y hay que arrimarse a las paredes de las piezas para no mojarse, con lo que todos empiezan a ser estorbo para el movimiento de los demás.

Oscar, el motorista de la pieza 8, conversa con varias mujeres en el patio. Es un hombre extremadamente comunicativo y tiene la fama de ser el más "chambroso" del mesón. Habla fuerte y sin parar, y su voz (y sus "chambres") se deja oír por todo el mesón. Tiene una compañera, Miriam de veintitrés años, que tiene un niño pequeño que no es de él.

Miriam abandonó a Oscar por unos días, parece que con el padre de la criatura, pero terminó regresando. A Oscar le gusta platicar de todo, y escucha benevolentemente las quejas de las mujeres sobre la servidumbre y sometimiento que representa la espera y acarreo de agua cada día. De vez en cuando, les ayuda a mover algún huacal más pesado. Por las noches, le gusta ver televisión en la pieza de la Niña Lupita, con quien tiene buenas relaciones.

A las seis, vuelven a "tortear" en la cocina, y se repite una vez más la cola de "mantas" y el movimiento de personas que van a comprar tortillas. Moncho, todavía vestido de futbolista, comenta sus dudas sobre si bañarse ahora o no. Ya no queda más que una pieza con candado, lo que indica que prácticamente todas las familias están de regreso.

Varios hombres se arremolinan alrededor de los servicios, pues en los baños cae ahora el agua con más fuerza que en la mañana. Marcial y Roy platican en voz baja, mientras Carlos pasea con el niño por el pasillo. La Niña Chela, sentada en una silla delante de su pieza, observa calladamente el movimiento del mesón. Don Edmundo, su compañero de vida, se ha sentado en la orilla del pasillo, y tiene en brazo a Beatriz, hija de Margarita, que vive en la pieza 3. Ya ha oscurecido en el mesón.

Margarita, de veintitres años, tiene dos niñas: Beatriz y Luz María, de seis y cuatro años respectivamente. Trabaja de obrera en INSINCA, y pasa prácticamente el día fuera del mesón. Deja las niñas al cuidado de Josefina, la compañera de Don Beto, el albañil de la pieza 12. Fuera de la Niña Lupita, con quien conversa a veces, Josefina es casi la única persona del mesón con quien Margarita se relaciona. Margarita es de las personas con menos prestigio dentro del mesón. Algunos la tratan simplemente de "puta". Se rumorea que ha tenido relaciones con Poncho el hijo de la mesonera, y con Roberto, el motorista que vive en la pieza 2. Roberto trabaja en la ANDA y vive separado de su familia. En general, sus relaciones con los otros vecinos no son muy buenas, y éstos le critican mucho porque no respeta normas tan esenciales como las colas para los servicios.

A las siete y media, Carlos y Angela cenan junto con Meme; Hugo Alfredo ya duerme. La cena consiste en arroz, frijoles, queso y tortillas. A veces,

Carlos se toma una cerveza; Angela sólo bebe gaseosa. Tras la cena, Carlos reposa sobre la cama, mientras Angela lava los trastos y Hugo Alfredo, que se ha despertado, corretea y juega por la pieza. Aunque ya no hace tanto calor, hay que mantener la puerta de la pieza entreabierta. Se oyen varios radios prendidos; algunos han conectado la YSAX; se oye, también, música de rancheras. La mayoría de los inquilinos se encuentra en sus piezas, con las puertas entreabiertas. Unos comen, otros descansan, otros platican, otros escuchan radio o ven televisión. El ambiente del mesón es denso, y la aparente tranquilidad parece apoyada en un difícil equilibrio de no interferencia, inhibiciones personales (motoras y psíquicas) y resignación ante la omnipresencia invasora del otro en el propio espacio vital.

A las ocho y media, Cecilia corta el agua, cuya llave está bajo candado. Oscar se quedó con un huacal sin llenar, pero el único comentario que hace es: "Ya la quitaron, ¿no?". Mercedes, en cambio, que no ha terminado de recoger agua, le reclama a Cecilia, que vuelve a conectarla. Comenta que los huacales que había llenado se los han vaciado, y que "es un abuso". Mercedes sigue llenando agua, y Oscar le ayuda, mientras comentan sobre las vacaciones de agosto.

Carlos y Angela descansan con el niño en la cama. Son las nueve y media. Ya cortaron definitivamente el agua. La esposa de Don Nico se acerca a preguntar a Angela si ha cocido frijoles y, cuando le dicen que no, va con la misma pregunta (petición) a la pieza de Mercedes. Angela comenta que siempre anda pidiendo comida, jabón u otras cosas y que no le suelen dar para que no se "amañe". En la pieza 20, que da a la calle, tienen un tocadiscos puesto a todo volumen. Hugo Alfredo se despierta y se pone a llorar, lo que impacienta a Angela, que trata de dormirlo de nuevo. Impresiona pensar la cantidad de horas que este niño de mesón pasa diariamente en una forzosa quietud, dormido sobre la cama, sin poder corretear, saltar y chillar. El área de servicios está ya totalmente desocupada. En el cuarto de la Niña Lupita Oscar y Moncho, todavía vestido de futbolista, ven televisión y platican con Cecilia. En alguna pieza todavía no han terminado de cocinar.

La música y las conversaciones van paulatinamente disminuyendo. El niño se ha vuelto a dormir. En la pieza, cerrada, la temperatura es alta y se siente la transpiración de varios cuerpos. Carlos y Angela han puesto una sábana en medio de la habitación, a modo de cortina, para mantener su "privacidad" respecto a su huésped. Comentan sobre el trabajo: "A un compañero le fue mal: lo mandaron a Guatemala por repuestos, y regresó solamente con las facturas. Le robaron los repuestos." "Tal vez mañana me toque ir a Santa Ana". "El pobre Martín tiene mala suerte: le sirvió de fiador a un compañero de fábrica que le prestó dinero a un prestamista, y aho-



ra le tocará pagar a él". Poco a poco los comentarios se van haciendo más espaciados y entrecortados, hasta que el sueño los vence. Duermen.

3.5. Las reglas del mesón.

El enfoque de sistemas considera que uno de los conceptos esenciales para describir una estructura social es el de norma. Una "norma" se puede definir como "una regularidad de la conducta aprendida" (Brown, 1972, p. 57), e implica una especificación de la conducta, de la situación en que es requerida y de las personas a quienes se aplica (ver, también, Parsons, 1968, pp. 117ss). Por lo general, toda norma va acompañada de una expectativa: no sólo se regula la acción, sino que se espera que las personas se comporten de acuerdo con la norma, lo que permite regular también otros comportamientos en función de esa norma. Diversos autores han analizado la emergencia de las normas en los grupos sociales (ver, por ejemplo, Berger y Luckmann, 1968) e incluso Sherif (1936) examinó experimentalmente este proceso en el laboratorio.

Existen normas formales y normas informales. Las primeras son conscientemente explicitadas y, a menudo, también formuladas —lo que no implica su institucionalización legal. Las normas informales son por lo general implícitas y frecuentemente no existe conciencia refleja sobre ellas; pero no por ello dejan de influir y regular el comportamiento de las personas.

En la vida del mesón puede descubrirse un buen número de normas, tanto formales como infor-

males. Consideraremos formales a aquéllas que la mesonera, la Niña Lupita, explicita en algún momento a los inquilinos, informales, aquéllas que, sin ser explícitamente formuladas, consciente o inconscientemente regulan la vida del mesón.

3.5.1. Normas formales.

a) Normas para el arrendamiento. Antes de arrendar a alguien una pieza, la mesonera (administradora) se asegura de que el solicitante no tenga niños y, de preferencia, procura que se trate de un hombre solo. Sin duda ninguna, esta es la razón de que haya tan pocos niños en el mesón. Si excluimos las dos hijas de la propia Niña Lupita, el resto de los niños ha entrado en el mesón a una edad relativamente avanzada, o sólo después de que la pieza llevara un tiempo alquilada por algún miembro de la familia. Este es el caso de Hugo Alfredo; para cuando nació, Carlos ya llevaba varios meses viviendo en el mesón y se había ganado el aprecio de la mesonera.

A fin de formalizar el arrendamiento, la Niña Lupita exige la presentación de la cédula de identidad personal y la cancelación por adelantado de un mes de alquiler. Supuestamente la cédula es necesaria para la firma de un contrato legal, según la ley del inquilinato. Sin embargo, el contrato legal nunca llega a firmarse y la mesonera ni siquiera extiende recibos sobre los pagos mensuales del alquiler. El sistema de pagos parece funcionar bien —al menos, desde la perspectiva del propietario y de la administradora—, a lo que sin duda ayuda su monto, relati-

vamente bajo, así como la reconocida autoridad sancionadora de la Niña Lupita.

b) Normas sobre limpieza e higiene. Los inquilinos deben barrer y mantener limpia el área del patio que queda frente a su respectiva pieza. No se puede arrojar agua en el patio ni en los servicios, sino que hay que hacerlo en el desagüe que se encuentra en la parte delantera del patio. La basura hay que llevarla en una bolsa a un "container" municipal cercano. No se puede tener absolutamente ningún objeto, del tipo que sea, fuera de la pieza, y únicamente se permite instalar dos "pitas" en el patio para tender la ropa a secar. En la pileta que se encuentra en el área de servicios sólo se puede lavar el trapeador pero no la ropa. Esta o se lava dentro de la propia pieza o se lava junto al desagüe del patio. Al terminar de lavar, hay que dejar bien limpio el desagüe y el área de alrededor.

La mesonera se encarga de limpiar los servicios comunes —baños e inodoros—, aunque frecuentemente solicita a otras personas que le ayuden o sustituyan en esta tarea. En las letrinas, ha colocado un letrero que dice: "Por favor colabore un poco sea conciente de dejar su voto y eche los papeles en el recipiente colabore un poco y verá que tranquilidad". A pesar de que los servicios se mantienen relativamente limpios, un penetrante hedor circunda todo el área, hedor que, en mayor o menor medida, se extiende por todo el mesón.

No cabe duda de que las normas de limpieza se cumplen a rajatabla y que el mesón, en medio de su estrechez y pobreza, aparece limpio y aseado. Como ya se dijo, sorprende un tanto la ausencia completa de plantas y flores, tan características incluso en las viviendas más pobres.

c) Normas sobre el uso de luz y agua. Aunque la mesonera controla el interruptor de la luz eléctrica, que sólo conecta desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana, exige a los inquilinos que, al salir de sus piezas —por poco tiempo que sea— apaguen el foco. Algo semejante sucede con el agua, que sólo conecta por la tarde y un rato en la mañana. De hecho, aquí se entrecruzan los límites de una norma formal y una informal. En principio, no se explicita ningún límite al agua que cada familia puede recoger diariamente, pero existe un control indirecto mediante el tiempo en que permanece conectada, tiempo que, obviamente, tiene que distribuirse entre los inquilinos.

Por otro lado, la mesonera cuenta el número y tamaño de los recipientes llenados por cada familia y, cuando cree que se trata de una cantidad excesiva, busca alguna manera de llamar la atención. Lo mismo ocurre con el baño: si alguien trata de bañarse más de una vez al día, se expone a algún comentario irónico o a alguna forma de murmuración de la Niña Lupita.

d) Normas sobre el acceso al mesón. El portón del mesón se cierra a las diez de la noche y, si alguna persona no ha llegado a esa hora, se queda fuera. Sin embargo, la mesonera reparte llaves del portón a aquellos de los inquilinos que son de su confianza o gozan de su amistad. En la actualidad, doce familias tienen llave. Obviamente, los inquilinos de la pieza 20 no necesitan la llave del portón, ya que su pieza comunica directamente con la calle. De hecho, esta familia dispone de una serie de prerrogativas: por ejemplo, disponen de luz todo el día. Sin embargo, pagan una cuota más elevada (50 colones) y tienen poca interacción con el resto de los inquilinos.

Para poder llevar algún amigo o pariente a vivir temporalmente en la pieza, hay que pedir autorización expresa a la Niña Lupita. Como ella suele estar en la cocina que tiene junto a la entrada, y la verja chirría al abrirse, la mesonera puede controlar a cualquier persona que entre o salga. Si es algún desconocido, normalmente le pregunta qué desea o a dónde va, y es prácticamente imposible que alguien esté en el mesón sin su conocimiento y visto bueno.

3.5.2. Normas informales.

a) Normas sobre jerarquía social. Es indudable que la mesonera y su familia representan la autoridad máxima en el mesón. Sin embargo, preferimos considerar aparte su papel dentro de la comunidad.

Existe una cierta jerarquía determinada por la antigüedad en el mesón. Por ejemplo, las inquilinas más antiguas se asignan una prioridad en el turno de acarrear agua y no se sienten obligadas a formar cola con sus ollas y huacales. Este es el caso, por ejemplo, de Doña Chela, que lleva casi veinticinco años en el mesón, o el de "las muchachas" (las tres señoras del mercado que viven en la pieza 7), que se refieren a su privilegio como "la ley del monte". Este privilegio es aceptado por las demás "a fin de evitar pleitos". Sin embargo, las colas para los servicios o el agua tienen que ser respetadas por todos los demás, y constituye uno de los mecanismos clave para la buena marcha de la vida del mesón.

Por lo demás, la única jerarquización que podemos observar es la que otorga el prestigio personal —como en el caso de Don Nicolasio, cuyo consejo es deseado por sus conocimientos intelectuales— o la "proximidad" de algún tipo con la mesonera, proximidad que ya de por sí da cierto prestigio y alguna participación vicaria en su poder.

b) Normas de interacción. Son quizá las más sutiles, pero muy importantes. Afectan más a las mujeres, aunque también a los hombres, sobre todo en la medida en que permanezcan en el mesón durante el día. La más obvia es la que controla la conversación entre vecinos; se trata de visitarse unos a otros lo menos posible para evitar las murmuraciones o el calificativo de "chambroso". Así —como

cuenta Angela—, “en cuanto se juntan dos mujeres, las otras dicen: ‘ya están chambreado’”. Otra norma, complementaria de la anterior, es la que requiere que las mujeres salgan fuera del mesón lo menos posible, a no ser por motivos de trabajo o para las compras necesarias. En caso contrario, inmediatamente se levantarán chismes sobre su infidelidad. Ambas normas parecen tener un claro sentido: mantener a los individuos dentro del mesón, y mantenerlos lo más aislados posible unos de otros.

c) Normas de sumisión a la mesonera. La autoridad de la Niña Lupita no sólo proviene de su papel de administradora del mesón, sino también de una serie de normas, más o menos implícitas, que requieren formas muy sutiles de sumisión por parte de los inquilinos. Por ejemplo, el establecimiento de una relación amistosa con otro vecino al interior del mesón exige que ese otro vecino tenga también buenas relaciones con la mesonera. En caso contrario, se le aislará y se le hará sentir en formas múltiples su “desviación” social.

Una norma más importante es la que concede a la Niña Lupita un verdadero monopolio comercial sobre los habitantes del mesón. Todos los inquilinos deben comprarle a ella las tortillas, gaseosas, cigarrillos, dulces o fósforos que vayan a consumir, así como encargarle la comida o el lavado de ropa cuando la propia familia no pueda satisfacer por sí misma estas necesidades, como es el caso de los hombres solos. Hay que aceptar que las hijas pequeñas de la Niña Lupita puedan entrar en cualquier pieza cuando lo deseen, e incluso soportar sus impertinencias infantiles o celebrar sus “gracias”. No sólo se aceptan como normales los privilegios de la Niña Lupita —llenar los cubos de agua primero o usar el agua y la luz cuando lo desee, monopolizar la cocina común, etc.—, sino que se espera que solicite pequeños favores o servicios complementarios, que inquiete sobre la propia vida o trabajo, y hasta que se le traigan pequeños obsequios tras una visita al pueblo o lugar de origen.

La no aceptación práctica de estas normas informales, sobre todo la concernientes a la mesonera, acarrea antes o después —y más antes que después— la expulsión del mesón. En esto, los límites del mesón son claros e inflexibles, como lo muestra el caso de la familia que intentó competir con la Niña Lupita poniendo un comedor en su pieza para otros vecinos.

4. El mesón: ley y orden.

Pretendemos, en este apartado, ofrecer un intento de interpretación del mesón estudiado. El enfoque de sistemas postula que, en la medida en que exista realmente un sistema social, constituirá una totalidad con un sentido unitario. Es ese sentido el que nos interesa desentrañar en la multitud de as-

pectos que hemos encontrado en la vida del mesón. ¿Qué significa el mesón como realidad social? ¿Qué sentido tiene en el aquí y ahora de la sociedad salvadoreña? Lo que interesa examinar es el mesón como estructura de significación social, no sólo en sí, sino en el contexto histórico de El Salvador actual.

Tres aspectos examinaremos en nuestra interpretación. En primer lugar, examinaremos el mesón desde la perspectiva del poder, ya que lo que da forma a un sistema concreto son las fuerzas de hecho en él dominantes; en segundo lugar y vinculado con el punto anterior, examinaremos si el mesón constituye un subsistema y, por consiguiente, si podemos hablar de una “subcultura del mesón”; finalmente, analizaremos la tesis sobre el mesón como “sitio de tránsito”.

4.1. La estructura de poder.

El análisis descriptivo sobre la vida del mesón en su rutina cotidiana nos ha conducido, una y otra vez, al papel clave desempeñado por la Niña Lupita la mesonera (administradora del mesón). No se trata únicamente de que la mesonera ocupe la posición de poder máximo dentro del sistema del mesón; se trata de que esa posición condiciona e incluso moldea las mismas estructuras vitales del mesón.

Ante todo, la mesonera tiene un control casi total —¡no absoluto!— sobre los recursos del mesón. Ella controla, en primer lugar, el ingreso al mesón: quién y en qué circunstancias puede alquilar una pieza, o quién y en qué condiciones puede seguir viviendo en el mesón. Este control es mantenido por la capacidad real de sanción que tiene la Niña Lupita para quien no cumpla sus condiciones. No es casual la paradoja de que, mientras los inquilinos sienten que el mesón ofrece una gran seguridad física, sienten también la inseguridad de que sobre ellos pende la amenaza de expulsión inmediata si no se sujeta a las reglas.

La Niña Lupita controla el suministro de agua, esencial para la vida familiar, así como el suministro de luz eléctrica, no tan vital, pero sí importante. Al tener una “tiendita” en su pieza, controla también buena parte de la vida económica de la comunidad; es ella la que suministra tortillas a todos los inquilinos, así como otros pequeños implementos necesarios para la vida cotidiana —fósforos, sal, refrescos, cigarrillos, dulces, etc. Ofrece, también, comidas y lavado de ropa a los inquilinos sin familia en el mesón. Lo interesante es que, en todas estas actividades, no admite competencia; más aún, ejerce una clara presión para que quienes vivan en el mesón se conviertan en clientes suyos. De una manera informal, pero normativa, vivir en el mesón exige comprarle a la Niña Lupita.

La ubicación de su pieza a la entrada del mesón y el chirrido de la verja permiten a la mesonera

controlar todas las entradas y salidas al mesón. Controla, también, quién tiene y quién no tiene llave del portón, para entrar después de las diez de la noche, así como si alguien puede ser invitado a vivir temporalmente en una pieza.

Un aspecto importante que la Niña Lupita trata de controlar es la información que circula en el mesón. En primer lugar, al tomarse la prerrogativa de investigar la vida privada de todos y cada uno de sus inquilinos, al saber quién entra y quién sale, cuándo y con quién, la mesonera constituye la fuente principal de la información circulante en el mesón, sobre todo en forma de rumores y chismes. Este control informativo desciende hasta el análisis de la ropa que cada familia lava y tiende en público: si hay prendas nuevas o costosas, si es mucha o poca, si le gusta o no le gusta. La estructura de comunicación predominante (obviamente, no la única) es la que Leavitt (1951) llamó de "timón", en que los sujetos se vinculan directa e inmediatamente con un eje o persona central, pero no tienen vinculación comunicativa entre sí. La exigencia de transmitir información a la mesonera unida a la norma de visitarse o hablar lo menos posible entre sí confirma y refuerza esa estructura predominante. La Niña Lupita, más o menos inconscientemente, asegura esta red de comunicación extendiendo su poder informativo a través de un grupo de mujeres inquilinas "de más confianza", que le ayudan en sus tareas y en su control informativo y, sobre todo, a través de sus familiares—incluso de las niñas pequeñas que penetran en todas las habitaciones y regresan "con los cuentos" donde su mamá.

¿De dónde le viene el poder a la mesonera? ¿Es acaso un poder generado por el propio sistema del mesón para normar y dirigir su vida? No parece. Por el contrario, el poder de la Niña Lupita proviene, primera y fundamentalmente, de su vinculación con el propietario del mesón. No nos fue posible averiguar su nombre; pero es indudable que la Niña Lupita goza de toda su confianza, al menos en la representación de sus intereses económicos, y así recibe de él su poder y autoridad. En la práctica, la Niña Lupita tiene libertad para disponer quién entra y quién no entra en el mesón, y su dictamen es decisivo e inflexible cuando determina expulsar a alguien. Esta capacidad de sanción respecto a los recursos esenciales del mesón (fundamentalmente, la pieza) es fortalecida de diversas maneras por la mesonera. Una de ellas es su amistad con algunos empleados de Casa Presidencial, a quienes sirve en el mesón el desayuno y el almuerzo, de cuya relación se precia, y ante quienes su actitud dominante e impositiva se vuelve obsequiosa y servilmente solfícita. Otra relación que afianza su poder es un pariente—real o supuesto, no pudimos averiguar— que dice tener en la policía, dispuesto a ayudarlo en caso de conflicto con cualquier inquilino. Finalmente, la dinamización de su propio grupito de incondicionales dentro del mesón reafirma y potencia su poder de hecho.

El poder real de la Niña Lupita viene, por consiguiente, de fuera, de su vinculación con el propietario del mesón y con empleados oficiales del gobierno—civiles y militares. En este sentido, su poder es un poder delegado, una reproducción a escala del



mesón del poder existente —económico y político— en la estructura social. Nos encontramos ante un caso en el que la estructura del poder social se reproduce —y fortalece— a un nivel inferior, mediante el control de los recursos esenciales para la vida. A esta reproducción del poder objetivo, corresponde la típica estructura psicológica conceptualizada por Freire (1970) en sus figuras del “opresor” y del “oprimido”, sobre todo en la medida en que el “oprimido” introyecta la imagen del “opresor” como modelo de identificación. La actitud dominante y autoritaria de la Niña Lupita para con los habitantes del mesón, se vuelve sumisa y servil frente a los detentadores del poder y todos aquéllos a quienes cree socialmente superiores”. Pudimos verificar este notorio cambio frente a las personas de los investigadores y, cotidianamente, frente a los empleados del gobierno que llegan a su comedor. Se presenta aquí lo que en psicología se conoce con la imagen del ciclista: inclinando la espalda arriba y pateando hacia abajo.

Los habitantes del mesón no tienen más remedio que aceptar esta estructura de poder —al menos en cuanto habitantes del mesón. Su necesidad de una vivienda, su satisfacción por las ventajas que presenta este mesón, sobre todo su proximidad a las fuentes de trabajo y su seguridad material, contrasta con la inseguridad que sienten por su permanencia en él y la “espada de Damocles” de su posible expulsión tan pronto desagraden a la mesonera. De ahí la ambivalencia de sus sentimientos para con la Niña Lupita: todos los vecinos sin excepción expresaron un cierto aprecio y hasta “carifño” por ella, junto a un sevilismo, objetivamente casi ofensivo; al mismo tiempo, expresiones de rechazo y fastidio hacia ella, sus actos y los de su familia, brotaban veladamente aquí y allá en las conversaciones. Molesta su control de todos y de todo, hasta de las intimidades mayores; molesta su continuo autoritarismo; molestan sus críticas incisivas y sus continuos chismes; molesta las atribuciones que se toman sus familiares; molesta su solicitud de continuos favores. Y, sin embargo, todo ello —al menos, a un nivel de conciencia— se acepta gustosamente, “por ser la Niña Lupita”.

4.2. ¿Hay una subcultura del mesón?

Ya hemos indicado anteriormente la ambigüedad del término “subcultura” en el enfoque de sistema, si con este término de alguna manera se está implicando una autonomía del grupo examinado con respecto a la totalidad de la estructura social. Sin embargo, no se puede negar que, en el mesón, se dan rasgos y características peculiares o, por lo menos, formas específicas de convivencia. Posiblemente, la más peculiar sea la sensación de ahogo, físico y psíquico, que produce el mesón —es decir, la vivencia de hacinamiento. El estudio de la proxémica nos ha alertado sobre la importancia que el espacio puede

tener con respecto al comportamiento humano. El investigador que permaneció unos días en el mesón, experimentó en numerosas ocasiones la tendencia, casi compulsiva, a “escaparse”. Ya el primer día anota en su diario de campo:

“No dejo de sentir una gran incomodidad, una sensación de asfixia. Cuando salí de la casa, sentí que iniciaba un largo viaje. Un viaje largo, sí, en el mismo San Salvador, en donde está tan lejos lo que se ve y cómo se vive en el Boulevard de los Héroes a lo que se ve y se vive en un mesón del Barrio San Jacinto.”

Otro día escribe:

“Es tanta la sensación de encierro, la necesidad de espacio, que no queda más remedio que salir a la calle; caminar dando vueltas en el mismo trecho de la calle es mejor que estar encerrados en una pieza o recorrer el patio tres o cuatro veces, viendo siempre las mismas caras, chocando en el pasillo con las personas. Entrar al servicio y oír los gritos de alguien: ‘¡Apúrese; ya no aguanto!’ Salir y toparse con dos o tres personas, una saliendo, otras esperando, y ese tufo inmundado que lo siento impregnado hasta en los huesos.”

Hasta que un día anota:

“Estamos los cuatro en la pieza. Esta tarde no saldrán a pasear. Hace un calor insoportable. Hugo no puede dormir y llora. Voy a mi casa a bañarme; ya no soporto el encierro.”

Obviamente, este tipo de sentimientos no son sin más generalizables a los habitantes del mesón, ya que provienen de alguien con una experiencia vital y una formación bien distintas. Sin embargo, expresan con claridad el tipo de presión que la estructura del mesón puede ejercer sobre los individuos.

El problema planteado aquí, en términos de Stokols (1972), es el paso de la densidad objetiva en la relación entre personas y espacio disponible a la experiencia subjetiva de hacinamiento. Que este mesón presenta una alta densidad, bajo cualquier punto de vista que se lo considere, es indudable. Su relación de 1.583.3 habitantes por hectárea es incluso superior a la del promedio de los mesones metropolitanos. Ciertamente, es muy superior a la densidad que presenta la mayoría de los tugurios y campamentos de San Salvador (EDURES, 1978, I, p. 31) o las colonias ilegales (EDURES, 1978, I, p. 41), por no mencionar sino viviendas del submercado habitacional popular (cf. Murillo, 1974; Harth, 1976, Vol. I).

¿Se produce en el mesón la vivencia de hacinamiento? Hay dos datos que parecen confirmar una

respuesta afirmativa: por un lado, la desventaja más frecuentemente mencionada es la "falta de tranquilidad"; por otro, como ya veíamos, todas las familias de este mesón han intentado, en un momento u otro, lograr una residencia propia. Sin embargo, ninguno de estos dos indicios pueden ser tomados como prueba de que se produzca la sensación de hacinamiento.

A nivel de observación, la proporción de habitantes respecto al número de baños e inodoros (24 mujeres y 33 hombres por unidad) si nos pareció desencadenar esta vivencia. La presión para recoger a tiempo agua suficiente, para desalojar el baño lo antes posible, o las esperas e inconvenientes en la utilización del inodoro, producían a menudo roces y fricciones entre las personas, que daban lugar a un malestar más o menos reprimido o expresado.

De acuerdo con Stokols (1972), cabría esperar que esta vivencia de hacinamiento se expresara o bien por conductas abiertas, o bien por cambios perceptivos y cognoscitivos.

El primer tipo característico de respuesta a la sensación de hacinamiento suele ser la tendencia al escape. Que esta tendencia se da en los habitantes del mesón, nos parece claro, aunque no sea fácil sustanciar esta afirmación y mucho menos cuantificarla. Casi todas las personas entrevistadas expresaron, en uno u otro momento, las ganas irreprimibles de "salir fuera". Los fines de semana, y cuando no se buscan trabajos adicionales, son numerosas las personas que van a visitar sus pueblos o lugares de origen. Con todo, esta tendencia al escape físico no nos pareció excesiva, sobre todo en aquéllos que, por no trabajar fuera, tienen que permanecer en el mesón prácticamente todo el día. Quizá el bajo número de niños quite el detonante que, en otros mesones, desencadena la fuga física.

Otro tipo de respuesta corporal presumible es la agresión, en formas diversas. Chombart de Lauwe (1964, p. 81) encontró en París que "cuando una familia posee menos de ocho a diez metros cuadrados de superficie por persona, aparecen perturbaciones en las relaciones padres-hijos" y lo mismo sucede cuando hay más de dos personas por habitación. Sin embargo, no pudimos observar ningún conflicto o acto agresivo serio durante nuestra permanencia en el mesón. Quizá ello también haya que atribuirlo a la ausencia de niños. Apenas notamos una fuerte discusión en una familia y, eso sí, numerosas agresiones verbales, en forma de críticas e ironías y sarcasmos. Por lo demás, es notorio que existe una gran presión "institucional" o normativa que obliga a reprimir toda manifestación agresiva so peligro de verse expulsado del mesón.

En cuanto a las posibles alteraciones perceptivo-cognoscitivas, es evidente el ingenio desplegado por los vecinos para redefinir los espacios, sobre todo con respecto a su privacidad o a la vida más ínti-

ma. Nos llamó mucho la atención el que Carlos y Angela tendieran una sábana en medio del minúsculo cuarto, a modo de cortina, para separar su lecho de la "tijera" del investigador. Por otro lado, si las normas sobre las visitas y comunicación con otros producen un aislamiento social, no cabe duda de que producen también, al menos derivadamente, un margen de privacidad.

Es este aislamiento individualista el tipo de reacción que encontramos más generalizado como posible respuesta a la vivencia de hacinamiento. Las personas frecuentemente se encierran en sí mismas, tanto materialmente —permaneciendo sin hacer nada en sus piezas— como psicológicamente, propiciando una forma de obnubilación consciente. La presión informal para que las mujeres ni salgan ni se comuniquen unas con otras más allá de lo "necesario", les lleva a una especie de pasividad lastrante: se mata el tiempo dormitando o adormeciendo la conciencia en un no hacer enervante, hasta que brota el deseo compulsivo de escapar o de agredir.

En resumen, creemos que la densidad habitacional sí genera, en el caso de este mesón, la vivencia de hacinamiento. Como las reacciones de tipo corporal son dificultadas por la estructura normativa del mesón, la respuesta más característica se produce en la forma de alteraciones perceptivas y cognoscitivas, que suelen conllevar una cierta obnubilación de la conciencia de los individuos. Podemos hipotetizar que aquí se encuentran algunos de los mecanismos psicológicos que producen los rasgos de fatalismo y pasividad, normalmente observados en este tipo de población.

Si unimos aislamiento, más pasividad, más adormecimiento de la conciencia, más la sujeción a la mesonera, tenemos el esquema de un grupo social dependiente y dominado, dentro del sistema de poder imperante. Se permanece en el mesón, y se permanece alienado y sumiso. La única alternativa está entre someterse o escaparse —y desde niños los hijos— del mesón son socializados a este esquema. La otra salida implicaría el conflicto con la mesonera, la expulsión de la pieza, y el recomenzar el proceso en otro mesón.

Ciertamente, estos rasgos son peculiares del mesón. Sin embargo, ¿nos permiten hablar de una subcultura, en un sentido más o menos autónomo? La respuesta es claramente no. De hecho, las normas más importantes que determinan la vida del mesón no surgen de la interacción espontánea del grupo. La tesis comúnmente aceptada en psicología social de que cada grupo, al formarse como tal, se da sus propias normas, es totalmente falsa aquí. Las normas de dominación vienen impuestas por la mesonera, no como persona, sino como personificación del poder que recibe de la estructura social más amplia, económica y política. De ahí la ambigüedad de la misma mesonera, que no hace sino administrar la propiedad



ajena y cuya vida, bajo tantos aspectos, expresa la misma situación de miseria y opresión que la de los demás inquilinos. Son fuerzas externas y superiores al mesón las que configuran su estructura existencial.

Por otro lado, los ritmos de la vida cotidiana en el mesón son fundamentalmente impuestos por necesidades del grupo humano que no surgen, sino que sólo se expresan y concretizan en el mesón. Es el trabajo en el sistema dominante de producción, el acceso a él (empleo), lo que lleva a las personas a aceptar la pieza del mesón como vivienda; el trabajo y la imposibilidad de conseguir otro tipo de vivienda que reúna los mínimos necesarios para la supervivencia: costo, servicios, ubicación. De hecho, todas las familias de este mesón han realizado esfuerzos, en uno u otro momento, por conseguir una vivienda propia y distinta. Algunas lo siguen intentando todavía, y tienen esperanzas de conseguirla algún día. Otras, ya han desesperado.

La sujeción y dependencia, la ineludible necesidad de acogerse al mesón como única alternativa viable para entrar en el mundo del trabajo, nos indican que el mesón no es un sistema cerrado, ni un sistema autónomo; es parte de una estructura de opresión, que impone su poder para mantener a esta población en los límites inferiores del sistema social establecido. La explotación que tiene lugar en el trabajo se amplía y extiende a una explotación en la vida privada, que refuerza y potencia a la misma estructura social. Nada hay de extraño en que el mesón ofrezca seguridad, que en él impere un indudable orden y decoro. Se trata de la ley y orden del sistema establecido, que ofrece unos mínimos vitales de empleo y vivienda a cambio de una alta dosis de dependencia y sumisión.

4.3. ¿Sitio de tránsito o lugar de absorción?

La hipótesis de que el mesón es un "sitio de tránsito" nos parece, en el mejor de los casos, ambigua. Ciertamente, corresponde a la conciencia ingenua, subjetiva, de la mayoría de los inquilinos de este mesón; sin embargo, en modo alguno corresponde a los datos objetivos. La transitoriedad, las más de las veces, se va prolongando y, cuando mucho, el cambio implica el paso de un mesón a otro.

En un primer momento, ponderamos la hipótesis de que la "transitoriedad" se refería no tanto al mesón como vivienda cuanto a la vivienda en sí misma con respecto a la existencia. De hecho, un buen porcentaje de los inquilinos toma el mesón como un simple sitio a donde ir a dormir y donde proteger sus propiedades —y, entre las propiedades, estaría en primer término la mujer y los hijos. Es común que los habitantes del mesón se refieran a su pueblo o lugar de origen, no al mesón, como su punto de vinculación social.

Sin desechar la hipótesis anterior completamente, pensamos que la transitoriedad tiene un sentido más profundo. Se trata de un contenido de conciencia ilusorio que permite mantener la situación de dependencia. El convencimiento y la expectativa de que el mesón no es más que "para mientras", que el cambio real es posible y asequible, constituye una ilusión en el sentido psicológico del término —como conciencia o percepción engañosa de la realidad. Pero se trata de una ilusión funcional para el sistema, ya que mantiene la enajenación de este grupo social que no se interroga sobre los factores reales que le obligan a vivir en esa situación inhumana. La expectativa de cambio, el convencimiento sobre la transi-

toriedad del mesón, oculta su carácter de necesidad para el sistema de explotación social que lo genera. Por otro lado, justifica y estimula el sometimiento de los individuos y familias a las presiones grupales, tanto del grupo del mesón como de la sociedad más amplia, que se ve como el comportamiento necesario para el esperado progreso social ascendente.

Esta falsa conciencia de transitoriedad unida al esquema de "ley y orden" importante, nos da el verdadero sentido social del mesón: se trata de un lugar importante de absorción en el sistema social salvadoreño. Un sitio que permite integrar en el proceso de producción a una amplia población (recuérdese el alto porcentaje de "empleo"), manteniéndola en los márgenes del sistema a un costo mínimo, sumisa, dependiente e inconsciente sobre su propia situación. En este sentido, el mesón no es un lugar de tránsito; es una parte importante del sistema social salvadoreño, donde se integra férreamente a una población que cubre labores, sobre todo de servicio, y que constituye una rica reserva de mano de obra barata a donde acudir para mantener la estructura de explotación.

5. Las posibilidades de cambio

Entramos, finalmente, en el terreno más resbaladizo e hipotético de nuestro trabajo. Se trata de examinar las posibilidades de cambio que ofrece el mesón como "sistema" social ante la acción y objetivos de la FUNDASAL. La labor predictiva es siempre riesgosa en ciencias sociales, y más en este caso, en que nuestro estudio no puede pretender representatividad estadística. Por ello, lo que sigue no pasa de ser un conjunto de reflexiones, fundado sí en el conocimiento adquirido con el presente estudio, pero necesariamente de carácter hipotético.

Un proceso de cambio social requiere, cuando menos, tres elementos: un grado mínimo de satisfacción, que permita elaborar expectativas crecientes; un cierto nivel de conciencia social, que ubique las raíces de los problemas; y la materialización de la conciencia social a nivel de grupo en algún tipo de organización comunitaria. Por supuesto, estos elementos no garantizan de por sí que el proceso vaya a tener lugar. En su modelo sobre los movimientos sociales, Smelser (1963) menciona siete determinantes, cuya suma progresiva explica —nosotros creemos que sólo describe— un movimiento colectivo. En todo caso, sin los tres factores mencionados parece difícil pensar aun en la mera posibilidad de un cambio social.

¿En qué medida el proyecto de rehabilitación de la FUNDASAL puede propiciar estos elementos en la vida del mesón? Veámoslo con relación a los tres aspectos mencionados en la Introducción, que coinciden con las tres condiciones para el cambio: la vida familiar, la conciencia social y la organiza-

ción comunitaria.

Parece claro que la mejora material en las condiciones del mesón en algo puede ayudar a la vida familiar. Sin embargo, la estrechez del espacio vital, tanto de la pieza como del patio común, así como la limitación en los servicios comunes, son condiciones que no van a cambiar, con lo que la vida familiar y la privacidad individual no van a mejorar notablemente en este aspecto. Lo que sí puede —y debe— cambiar es la incidencia de la mesonera (propietaria o administradora) en la vida privada de las familias inquilinas así como el aislamiento, más o menos forzoso, de unas familias respecto a otras.

Cabría barajar aquí algunas posibilidades interesantes. Ciertos mesones tienen espacios supuestamente comunitarios. En el caso del mesón estudiado, la cocina que ocupa una pieza en el lateral izquierdo no pertenece en principio a nadie, aunque es acaparada por la mesonera. Podría pensarse en estos espacios para crear sitios comunes que, de alguna manera, supusieran un aumento o prolongación de las piezas familiares. La misma posibilidad podría explorarse, sobre todo en mesones grandes, con muchas piezas —que no hicieran los costos de estos espacios adicionales excesivamente onerosos. Todavía otra posibilidad sería de rehabilitar zonas de mesones más que mesones aislados —con las oportunidades consiguientes de crear espacios de expansión psicológica, como placitas, parques o centros comunales.

Otra posibilidad en la que cabría pensar, a fin de mejorar las condiciones para la vida familiar, es la de favorecer que grupos de parientes tomaran varias piezas en un mismo mesón. Esto tendría la ventaja de propiciar algo así como casas familiares al interior de un mismo mesón. Tendría, entre otros inconvenientes, el peligro de generar grupos de poder en el interior del mesón.

El cambio en la propiedad de la pieza va a romper la expectativa de transitoriedad de los inquilinos. Ciertamente, esta medida puede tener su aspecto negativo, en la medida en que la pérdida de esperanza puede alimentar el fatalismo y la pasividad. Sin embargo, la ruptura de esta falsa conciencia puede generar dinamismos sociales distintos. En otras palabras, el desmoronamiento de la conciencia de transitoriedad hace posible una toma de conciencia social distinta, sobre las raíces de los problemas que el habitante del mesón enfrenta. Pensamos —quizás con demasiado optimismo— que, al desaparecer la ilusión sobre el carácter transitorio del mesón, se presenta una oportunidad magnífica para un proceso de educación social. Por supuesto, este proceso debe propiciarse, posibilitarse y acompañarse. En parte, creemos que ésa puede ser una de las tareas constructivas del promotor social. Por otro lado, este cambio en la conciencia debe ir unido al establecimiento de nuevos vínculos comunitarios, de

modo que la vivencia de seguridad-inseguridad, antes referida a la mesonera, eche ahora sus raíces en la organización de una comunidad nueva.

La organización de la comunidad pasa, necesariamente, por la desaparición de la figura de la mesonera (o mesonero). Con su desaparición y la adquisición de la propiedad de la propia pieza, se rompen de alguna manera los vínculos inmediatos de dominación en el interior del mesón. Obviamente, esto no cambia la dependencia fundamental respecto a las fuerzas externas del sistema —sobre todo, las que penetran a través de la vinculación laboral. Sin embargo, se abre un espacio, por pequeño que sea, para la elaboración de nuevos esquemas de convivencia.

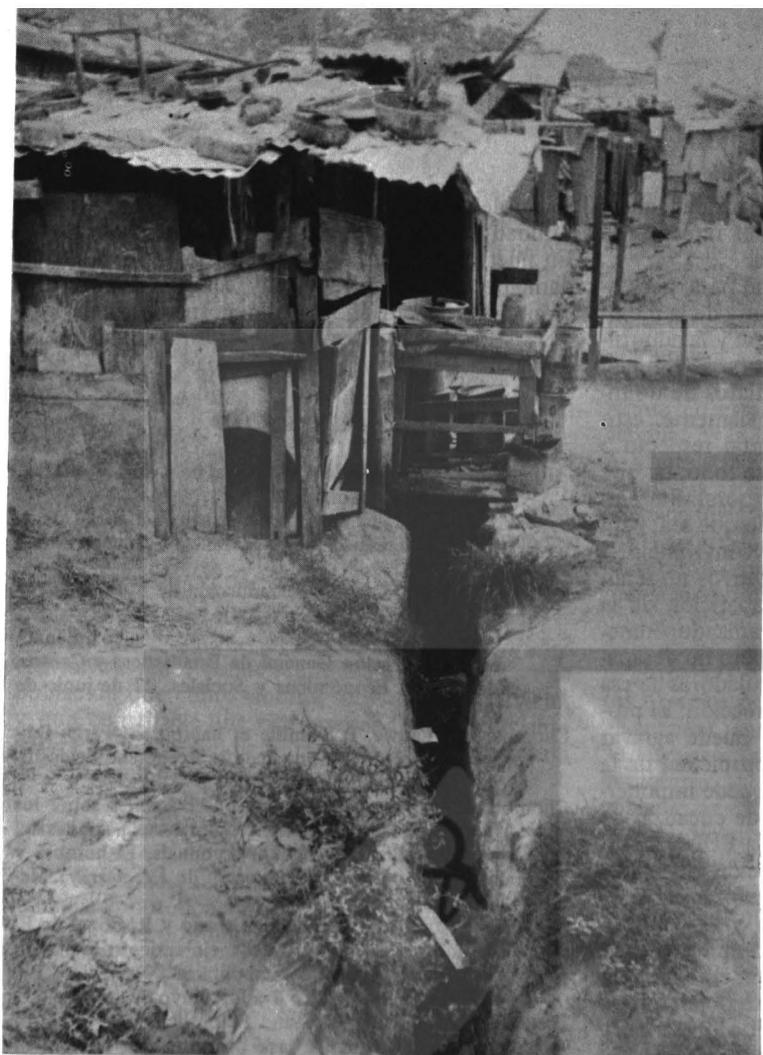
Estos nuevos esquemas organizativos no serán nada fáciles. Ante todo, con la desaparición de la mesonera desaparece el principio organizador inmediato de la convivencia en el mesón, pero no desaparece la necesidad de unas normas reguladoras de esa convivencia ni la necesidad de una dirección. El problema respecto a la organización se puede agravar por el hecho de que, al adquirir la propiedad de la pieza, las familias sientan que nadie puede imponerles condiciones respecto a la forma de encauzar su vida en el mesón. En este sentido, la FUNDASAL debe estar consciente de que su acción tiene que ser clara y pronta. Hace falta una organización en el mesón, una capacidad sancionadora y una autoridad. Que estos aspectos deban ser asumidos por los mismos inquilinos, parece deseable. Sin embargo, no es evidente cómo se pueda lograr este objetivo con un máximo de efectividad, sin que el proceso caiga en nuevas formas de dominación o paternalismo. En nuestra opinión, hay que planificar este proceso, de tal manera que la organización condicione ya la inclusión en el mesón de una familia. Posiblemente, un factor que puede ayudar a este aspecto organizativo sería que los habitantes del mesón tuvieran también alguna relación laboral. En otras palabras, que quienes habitan en un mismo mesón —por lo menos algunos— trabajen en una misma industria o en sectores relacionados. La conciencia comunitaria podría vincularse, así, a la conciencia laboral, lo que aumentaría la viabilidad o interés de cualquier tipo de organización.

Es, sin duda, el aspecto familiar el que presenta más problemas para el proyecto rehabilitador de la FUNDASAL. Es imposible prever, por otro lado, la evolución a mediano o largo plazo de la comunidad de un mesón rehabilitado; su dependencia estructural respecto al sistema social más amplio, así como la inflexibilidad y endurecimiento de las condiciones de este sistema, puede abocar a conflictos graves en el mesón rehabilitado, conflictos que en la actualidad no pueden aflorar dada la dominación interna y la exclusión inmediata de quienes turban la "ley y orden" del mesón. Sin embargo, el proyecto ofrece la posibilidad de un cambio en la conciencia

social de este sector oprimido y marginal y la oportunidad de una incipiente organización comunitaria. En nuestra opinión, esta perspectiva justifica sobradamente un seguimiento muy cercano de la evolución del proyecto piloto en Mejicanos, a fin de verificar si las previsiones más optimistas señaladas en este trabajo se van volviendo realidad.

REFERENCIAS

- Altman, I. *The environment and social behavior*. Monterey, Calif.: Brooks-Cole, 1975.
- Berger, P.L y T. Luckmann, *La construcción social de la realidad*. (Traducción de S. Zuleta.) Buenos Aires: Amorrortu, 1968.
- Brown, R. *Psicología social*. (Traducción de F. González y J. Morales.) México: Siglo XXI, 1972.
- Consejo Nacional de Planificación y Coordinación Económica y Dirección General de Estadísticas y Censos, *Indicadores Económicos y Sociales*. 27 de junio de 1971.
- Chombart de Lauwe, P. *Famille et habitation*. Paris: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1959.
- Chombart de Lauwe, P. Algunas observaciones sobre los factores del medio ambiente y las perturbaciones del grupo familiar. En Groupe Lyonnais, *El hombre y los grupos sociales*. (Traducción de J.A. Garay). Madrid: Razón y Fe, 1964.
- EDURES (Estudio de Desarrollo Urbano y Regional de El Salvador), *Programa para el mejoramiento integrado de las áreas críticas metropolitanas*. Vol. I, II y Resumen Ejecutivo. San Salvador, Mayo de 1978.
- Freedman, J., S. Klevansky and P. Ehrlich, The effect of crowding on human task performance. *Journal of Applied Social Psychology*, 1971, 1, 7-25.
- Freedman, J.L. *Crowding and behavior*. San Francisco: Freeman, 1975.
- Freire, P. *Pedagogía del oprimido*. (Traducción de J. Mellado.) Montevideo: Tierra Nueva, 1970.
- Glidewell, J.C. *A model for the analysis of social systems*. Chicago: The University of Chicago, 1976. (Mimeo).
- Harth Deneke, A. *Vivienda Mínima, una experiencia salvadoreña*. ECA, 1974, 308-309, 453-463.
- Harth Deneke, A. et alii. *La vivienda popular urbana en El Salvador*. 4 volúmenes. San Salvador: Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima, 1976.
- Leavitt, H.J. Some effects of certain communication patterns on group performance. *Journal of abnormal and Social Psychology*, 1951, 46, 38-50.
- Lewis, O. *Los hijos de Sánchez*. México: Mortiz, 1965.
- Ministerio de Planificación y Coordinación del desarrollo económico y social. *Indicadores económicos y sociales*. Julio-Diciembre 1977. San Salvador, julio de 1978.
- Murillo Salinas, J.M. Los tipos de vivienda predominante en la ciudad de San Salvador y sus alrededores. ECA, 1974, 308-309, 379-400.
- Parsons, T. *La estructura de la acción social*. (Traducción de J.J. Caballero y J. Castillo.) Madrid: Guadarrama, 1968.
- Safie, María Mercedes. *Bibliografía sobre vivienda, desarrollo urbano y temas conexos*. San Salvador: Funda-



ESTUDIOS CENTROAMERICANOS

- ción Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima, 1975 (Mimeo).
- Salegio, O.R. La vivienda marginal. ECA, 1974, 308-309, 365-378.
- Sherif, M. *The psychology of social norms*. New York: Harper, 1936.
- Smelser, N.J. *Theory of collective behavior*. New York: Free Press, 1963.
- Stokols, D. On the distinction between density and crowding: Some implications for future research. *Psychological Review*, 1972, 79, 275-277.
- Stokols, D. Environmental psychology. *Annual Review of Psychology*, 1978, 29, 253-295.
- Tallien, C. De zapatero a remendón. Efectos de la sociedad capitalista salvadoreña en la familia de un artesano. ECA, 1976, 330, 167-186 y 331, 221-226.
- Torres-Rivas, E. Familia y juventud en El Salvador. En A. Gurrieri et alii, *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*. México: Siglo XXI, 1971.
- Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, *Informe provisional*. Investigación evaluativa de los programas habitacionales y de desarrollo de la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima. San Salvador, 1975. (Mimeo).
- Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, *Informe final*. Investigación evaluativa de los programas habitacionales y de desarrollo de la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima. San Salvador, 1976 a. (Mimeo).
- Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, *Anexo*. Investigación evaluativa de los programas habitacionales y de desarrollo de la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima. San Salvador, 1976a (Mimeo).

